

CONQUISTA ESPACIO

PROYECTO LIBERACION

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

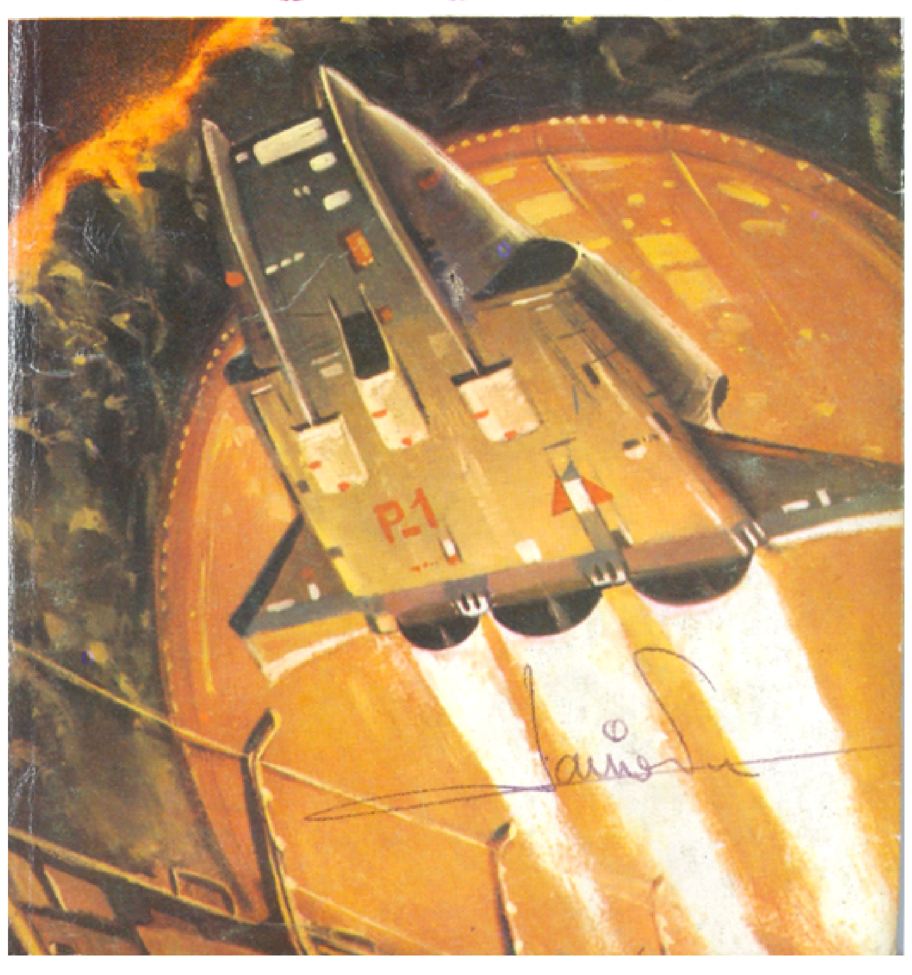
BOLSILIBROS

FUTURO

PROYECTO LIBERACION

Ralph Barby

CIENCIA FICCION






La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

699 — *Microinvasión*. Law Space.

700 — *El viajero que vino del infinito*. Clark Carrados.

701 — *Génesis*. Lou Carrigan.

702 — *La nueva humanidad*. Law Space.

703 — *El reino de Zora*. Joseph Berna.

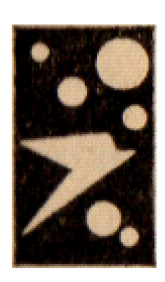
RALPH BARBY

PROYECTO LIBERACIÓN

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 704

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 42.671 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: febrero, 1984

1ª edición en América: agosto, 1984

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

El mariscal Shanninger, emperador de las Civilizaciones Unidas, puso un gesto de preocupación en su ancho rostro. Sus ojos grandes, perfectamente redondos, quedaron medio ocultos por una actitud pensativa que apenas duró unos instantes.

—Majestad, los rumores de grupos subversivos que preparan un deserción parecen ciertos —dijo el general de las fuerzas espaciales de las Civilizaciones Unidas, llamado Amonit.

El otro hombre uniformado que se hallaba frente al emperador era Blackyon, general de la policía TOT, y él también torció el gesto.

—No hay nada confirmado, sólo son rumores que han circulado en los lugares habituales de corrupción moral.

El general de las fuerzas espaciales no parecía muy convencido de la vaguedad de su colega, el jefe de toda la policía totalitaria.

—Se han detectado robos.

—¿Robos de qué? —inquirió el mariscal Shanninger.

—Material de navegación.

—¿Y qué puede significar eso?

—Que alguien puede estar construyendo una cosmonave en algún lugar desconocido.

—¿Pretende decir que alguien podría huir en una cosmonave fabricada casi artesanalmente? —se asombró el emperador.

—Sí, existe esa posibilidad —insistió el general Amonit—. Si los ingenieros que trabajan en el proyecto son buenos y sus colaboradores también, quién sabe si en vez de una cosmonave están construyendo toda una flotilla.

—¿Y hasta dónde podrían llegar con esa hipotética flotilla? —preguntó Blackyon, jefe del grupo de policía TOT.

—Si nuestros scanner los detectan no llegarían lejos, porque poseemos las cosmonaves más veloces y poderosas de toda la galaxia, pero existe

la posibilidad de que encuentren alguna forma de escapar a los scanner.

—Los sistemas de vigilancia de la policía TOT son excelentes y no es posible que nadie escape de la superficie de ninguno de los planetas.

El emperador mariscal Shanninger observaba a sus dos generales que entraban en contradicción, pues mientras el general de las fuerzas espaciales insistía en que había rumores de movimientos subversivos, el general Blackyon repetía que él con sus fuerzas tenía la situación perfectamente controlada dentro del imperio de las Civilizaciones Unidas.

—De todos modos, general Blackyon, insista en la seguridad —le dijo con voz grave y lenta el emperador—. Mis antepasados supieron romper la posible cohesión de cada una de las civilizaciones mezclándolas, unificando las lenguas, de tal modo que ahora en cada uno de los distintos planetas del imperio coexisten las nueve civilizaciones en tantos por cientos bastante parecidos, que sólo se rompen a lo largo del tiempo por diferencias en los índices de natalidad de cada una de las civilizaciones. Sí, fue una gran cosa mezclarlos a todos para que nadie pudiera decir que estaba en su propio planeta, de esta forma se evitaban molestas guerras de secesión; no obstante, si algún movimiento subversivo de cualquiera de las civilizaciones tuviera éxito, las otras civilizaciones se crecerían e intentarían lo mismo, lo que crearía problemas a la cohesión de mi imperio. Por lo tanto, general Blackyon, usted, con las fuerzas de gran operatividad que posee, deberá abortar cualquier movimiento subversivo. Es más, si ese movimiento subversivo existe y se ha hecho notar quiero que reciba un castigo ejemplar en todos y cada uno de sus miembros, para que los seres de todas las otras civilizaciones no lo olviden jamás por generaciones. Que el miedo al castigo penetre en sus cerebros y no haya más intentos de subversión.

—Majestad imperial —comenzó a hablar el general Blackyon, cuyo cerebro se había puesto rápidamente en marcha pues no quería perder el favor del emperador—. Siempre existen elementos molestos y de ésos tenemos unos cuantos encerrados en nuestras cárceles, especialmente entre los latac y los wask. Seleccionaremos a unos cuantos de ellos y les aplicaremos una tortura ejemplar. Esto lo haremos cerca de las celdas de prisioneros que están a punto de ser liberados para que se enteren de lo ocurrido. Cogerán miedo y luego, al ser excarcelados por cumplimiento de condena, contarán lo ocurrido por donde quiera que vayan y el miedo al castigo hará que los que pensaran practicar la subversión se retraigan y prefieran

olvidarlo.

—Una medida que me parece acertada —declaró el emperador mariscal Shanninger.

El general Amonit añadió:

—Que sea muy ejemplarizante, que el miedo les haga desistir, especialmente a esos wask y latac que son los más peligrosos y, al mismo tiempo, los más inteligentes y capaces de crear algo tan molesto como una cosmonave de combate.

—Sí, en sus fuerzas espaciales, los wask y los latac son los mejores especialistas.

—Exacto —aceptó el general Amonit—. Pero no son los mejores guerreros. Son los mejores técnicos y me temo que si alguno de ellos se metiera a guerrero sería demasiado efectivo. Los wask y los latac tampoco están entre sus elementos de la policía TOT.

—Sí, no son buenos policías, yo no me fío de ellos —admitió el general Blackyon—. Los agentes TOT han de ser totalmente disciplinados, y los wask y los latac poseen demasiada iniciativa propia, no me sirven.

—Pero son muy efectivos en nuestras áreas industriales —recordó el mariscal Shanninger—. De todos modos, creo que todavía no debemos preocupamos demasiado. No obstante, general Blackyon, mantengan a la policía TOT al máximo de alerta. Sería para mí un gran placer saber que los movimientos subversivos han sido abortados y que todo continúa igual. Tengo grandes planes de expansión y cuando consigamos mejorar el radio de acción de nuestras macrocosmonaves de guerra, saltaremos de la galaxia a nuestras vecinas para anexionar otras civilizaciones a nuestro imperio.

—Si existen algunos elementos que preparen una subversión organizada yo daré con ellos —aseguró solemnemente el general jefe de la policía TOT.

—Así lo espero. Quiero ver personalmente a los cerebros de la subversión antes de ejecutarlos públicamente, y con todos los medios de difusión en marcha para que los entes de todas las civilizaciones puedan presenciar las ejecuciones en directo.

—Así se hará, majestad —aceptó el general Blackyon. Los dos generales inclinaron sus cabezas y sus espaldas antes de retirarse del

sofisticado despacho del mariscal Shanninger, emperador de las Civilizaciones Unidas, unidas por la tenaza de las armas, pues el emperador ejercía un poder totalitario y. para mantener ese estado opresivo, dejaba que funcionara más o menos oficiosamente una corrupción tolerada entre las grandes familias de cada civilización, las cuales eran muy bien recibidas en el palacio imperial y se sucedían a sí mismas.

Este sistema promovía el aventurerismo, especialmente entre los que quedaban sin empleo y carecía de medios de subsistencia y se buscaban la vida como podían.

Las cárceles abundaban y muchas de ellas estaban llenas.

Los penados con largas condenas eran trasladados a planetas mineros con difíciles condiciones de supervivencia, planetas de los que ya no regresaban jamás, pues en ellos trabajaban hasta la muerte. Las explotaciones mineras y las industrias de armas eran las únicas empresas que controlaban el poder imperial; las otras industrias o empresas de agricultura, ganadería, bienes de consumo, etcétera, eran controladas por las grandes familias protegidas que debían pagar fuertes tributos al emperador, y para ello ofrecían a sus empleados bajísimos salarios, lo que ocasionaba descontentos y las fuerzas de la policía TOT eran requeridas para que los descontentos se tornaran más pasivos y dejaran de crear problemas. Las bibliotecas y las hemerotecas, poco a poco y sin darle publicidad, habían sido suprimidas hasta sólo dejar que existieran videotecas en las que se proporcionaba material de diversión, distracción y adiestramiento para la calificación profesional en distintas técnicas. Todo lo que significara divulgación del pensamiento, de la filosofía, de la creación y de la opinión, no sólo había sido suprimido, si no que los millones de entes de las distintas civilizaciones ni siquiera sabían ya que pudiera existir.

El general Blackyon le dijo a su compañero:

—General Amonio, ha preocupado innecesariamente al emperador.

—Era mi obligación advertirle de los rumores que corren, y especialmente de las desapariciones de material ocurridas.

—Enviaré a especialistas para que investiguen las desapariciones.

—Pese a que no me gusta que la policía TOT se inmiscuya entre las fuerzas especiales, serán bien recibidos.

—No esperaba menos de usted general. Daré orden de que mis muchachos, todos ellos muy cualificados, ocasionen las mínimas molestias a sus guerreros especiales.

El general Blackyon se dirigió rápidamente a su despacho de comandancia general de la policía TOT, que era autónomo y físicamente trasladable a voluntad, pues consistía en que una cosmonave capaz de posarse sobre la superficie de los planetas hostiles. Allí exigió la inmediata presencia del mayor Parrot.

—¿Me llamaba, general?

Parrot acababa de aparecer en una de las pantallas que el general Blackyon poseía en su despacho, despacho desde el que podía ejercer un control absoluto de la policía desperdigada por los distintos planetas del imperio.

—Sí, mayor Parrot, tengo un encargo muy especial que hacerle.

—Sabe que estoy completamente a sus órdenes, mi general.

—Lo sé, mayor Parrot, y también sé que es usted el ente más capaz para llevar a cabo mis planes.

El general Blackyon observó detenidamente el rostro del mayor Parrot. Sus ojos eran tan claros que parecían no tener pupilas. Su cabello albino, su nariz grande. Aplastada, y poseía unas fuertes mandíbulas armadas con una doble hilera de dientes puntiagudos, en forma de sierra, como era normal entre los entes de la civilización yak.

El mayor Parrot era el ente más agresivo con que el general Blackyon se había topado jamás. Al mismo tiempo era de una disciplina a toda prueba con los mandos superiores. Obedecía ciegamente a la jerarquía, pero con sus inferiores era cruel, duro, despótico e implacable, y con los que no pertenecían a las fuerzas policiales TOT o a las fuerzas espaciales como guerreros resultaba de una crueldad tal, que no pocos temblaban al oír sólo su nombre, pues se había hecho acreedor de ello.

—Seleccione a unos veinte prisioneros de la cárcel «A».

—¿Entre qué clase de prisioneros, mi general?

—Entre los subversivos, los que provocan problemas a nuestro imperio, entes que tengan sobre sí una larga condena y que vayan a

ser trasladados a algún planeta de castigo.

—¿Alguna represalia ejemplarizante, mi general?

—Correcto, ha dado usted en la diana, mayor Parrot.

Quiero que sean torturados y que los demás prisioneros se enteren, especialmente los que van a ser puestos en libertad en breve plazo, para que esta represalia sea conocida en todas partes, especialmente en los bajos fondos de todas las civilizaciones. Quiero que sepan que los subversivos van a tener un trato severo y que nuestra mano caerá pasadamente sobre los que quieren seguir ese camino.

—Gracias por encargarme este asunto, mi general, sus deseos serán plenamente satisfechos. Si lo que desea es que se sepa que se va a emplear la mano dura contra esos prisioneros subversivos que pretenden atentar contra el imperio, sus deseos serán satisfechos y se hablará de esta represalia ejemplarizante durante mucho tiempo.

—Así lo espero, empiece a actuar. En el momento más adecuado de esta represalia ejemplarizante, quiero estar presente para luego poder dar testimonio a su majestad el emperador de cuanto ha sido llevado a cabo.

—Será avisado de inmediato, mi general. Le agradezco que confíe en mí.

—Adelante, pues.

Cerró la telecomunicación. Las órdenes estaban cursadas y unos entes, sin saberlo ellos, iban a ser seleccionados para ser torturados de la mano del mayor Parrot.

CAPÍTULO II

El mayor Parrot, instalado en el despacho de control de la prisión «A», la principal prisión del imperio ubicada en el planeta llamado Mater, pidió al ordenador una selección de prisioneros entre los que ya estaban condenados y también por condenar, pues se hacía muy poco caso al poder de la justicia, sometida al poder de la policía TOT

cuando a ésta le interesaba pasar por alto las leyes para conseguir sus propósitos, casi siempre oscuros.

Fue seleccionando prisioneros cuyas imágenes iban apareciendo en pantalla y también sus datos personales al pie, con las condenas a que habían de someterse.

—Este también —dijo Parrot con una sonrisa de satisfacción pulsando un botón que había de grabar en la memoria del computador central aquella imagen y datos para procesarlos después.

—¿Escoge al profesor Domani? —preguntó el director de la prisión que permanecía en pie junto al mayor Parrot.

—Sí, ¿por qué no? Su ciencia ya no interesa al imperio; se ha negado a investigar en distintos proyectos.

—¿Y los veinte años de trabajos forzados son por negarse a investigar en lo que se la ha ordenado?

—Sí, en el fondo, aunque oficialmente se le condena por subversión y sabotaje.

—Su abogado insiste en que no hubo sabotaje en el laboratorio de investigación donde el profesor Domani trabajaba, sino que fue un accidente.

—Bah, se le tenía que condenar, ¿qué más da un motivo u otro? Cualquier pretexto es válido para colocarle los veinte años de trabajos forzados de los cuales no va a salir vivo, máxime teniendo en cuenta su avanzada edad. Al morir ahora, aunque sea torturado, le hacemos un favor.

—Me temo que él no va a pensar lo mismo —objetó el director de la prisión.

El mayor Parrot sonrió de nuevo y siguió seleccionando a los prisioneros de diferentes civilizaciones a los que iba a someter a tortura.

* * *

Mientras entre los penados que cumplían condenas corrió rápidamente

el rumor de que iba a suceder algo desagradable.

—¿Cuándo te libras de aquí? —preguntó Rebel, un ente de la civilización latac.

—Salgo dentro de tres días y también salen otros compañeros —respondió Zap-Zap, que pertenecía a la civilización wask.

—A mí me quedan treinta días.

Zap-Zap era un hombre muy moreno, de abundantes cabellos desordenados. Miró a un lado y a otro con disimulo antes de decirle a Rebel, condenado como él en aquella prisión de alta seguridad, controlado por policías TOT y por robots programados de tal manera que ningún prisionero se les podía acercar, pues disparaban rayos paralizantes y tremendamente dolorosos.

—Hemos de acordar la cita.

—Sí —admitió Rebel—. ¿Qué sabes acerca de los rumores que están circulando?

—Poco. Me temo que el profesor Domani lo va a pasar muy mal.

Rebel sintió una profunda inquietud. El profesor Domani pertenecía a la civilización latac como él mismo.

—¿Qué preparan?

—No se sabe nada aún, pero me temo que va a ser algo duro estando el mayor Parrot aquí en la prisión.

—¿Le han visto? Me refiero al mayor Parrot.

—Sí. El va a llevar a cabo una operación de lo que la policía TOT llama represalia ejemplarizante.

Sonó una sirena. Todos sabían que la hora del patio, en la que estiraban las piernas y respiraban a pleno pulmón, había terminado.

Nadie podía desobedecer, ya que todos los penados llevaban en torno al cuello un dogal metálico electrónico que servía lo mismo para que el computador central de la prisión los controlase y computase en cualquier momento, sabiendo incluso en qué lugar exacto se hallaban, como para enviarles ondas de castigo que provocaban durísimos dolores cerebrales que bloqueaban los centros motores, paralizando al prisionero castigado.

Regresaron a sus celdas y el gran patio quedó vacío. A través de las ventanas protegidas por rejas, los prisioneros pudieron ver lo que allí ocurría.

Llegaron vehículos con tarimas y objetos que fueron instalados en el gran patio; todo eran instrumentos de tortura y muerte. Allí había patíbulos con horcas de tipo telescópico, unas horcas torturantes, desesperadamente lentas para hacer pasar una larga agonía a los condenados a muerte por aquel sistema.

Aquella horca había sido una «brillante» idea del mismísima emperador, quien había sugerido lo que podía pasar si la soga comenzaba a izarse centímetro a centímetro porque el mástil de la horca fuera telescópico y se estiraba hacia lo alto lentamente, de tal modo que el ahorcado sentiría primero la soga en su cuello. Después, ésta se iría tensando. Él se pondría de puntillas para aliviarse, pero se cansaría de permanecer en esta postura mientras la soga se tensaba más y más hasta que las puntas de los pies no llegaran a sostenerle.

Este tipo de ejecución era desesperante, ya que el condenado trataba de tocar el suelo mientras la soga se cerraba más y más en torno a su garganta hasta terminar asfixiándole.

Era una muerte lenta, pues no se rompían las vértebras cervicales como las ejecuciones por ahorcamiento convencionales.

También pusieron la caja de transparente cristal que era el refrigerador. La persona allí encerrada veía disminuir lentamente la temperatura hasta que él quedaba congelado, por debajo de los cien grados centígrados. Al abrir la caja el reo caía y, tras recibir un golpe dado con un mazo, se partía en fragmentos como si fuera de cristal.

Había la caja contraria, dentro de la cual se elevaba la temperatura para matar lentamente por calor, y también la caja de agua que iba cayendo sobre el condenado hasta que la caja se llenaba por completo, lo que llevaba mucho tiempo. La agonía del condenado se prolongaba desesperadamente para él y para quienes los observaban.

Otra serie de artilugios terroríficos y asesinos iban siendo instalados en el patio para que pudieran ser vistos desde las celdas. La electricidad dominaba en muchos de ellos.

Fueron los robots los encargados de trasladar a los condenados a sus patíbulos de tortura, mientras por la megafonía del patio el propio mayor Parrot decía con su voz gutural:

—Por subversivos sufriréis las consecuencias. En el imperio de las Civilizaciones Unidas no hay subversión de clase alguna, no existe más que paz y orden para todos los súbditos del emperador. Vosotros sois escoria que debe ser eliminada, no podéis consumir en largos años de presidio el dinero del imperio. No es bueno para el imperio que viváis, sois basura y como tal seréis tratados y cuantos se comporten como vosotros sufrirán la misma suerte.

Aquella voz, que algunos identificaron como la del mayor Parrot, dio a continuación la lista de los condenados, entre los que destacaban entes de las civilizaciones latac y wask. Dos eran de seres de piel negra y ojos muy grandes que se movían con gran facilidad en las tinieblas.

—¡Asesinos! —gritó uno de los prisioneros que se hallaban en las celdas, cogiéndose a las rejas.

Sus palabras fueron coreadas por otros. Se produjeron gritos y abucheas de protesta, pero los robots se encargaron de llevar a cabo las lentísimas ejecuciones.

Muchos de los encarcelados se consumieron de rabia, pues era inútil intentar nada, las celdas no se abrieron. El patio quedó iluminado durante la noche mientras tres grandes lunas se sonrojaban en el cielo en tinieblas.

Hubo más gritos, abucheas, protestas, todo en vano.

En el imperio del mariscal Shanninger no existían leyes que fueran justas, y si las había no se aplicaban, porque por encima de todas la leyes estaba la voluntad suprema y autocrática del emperador, que temía más perder el poder que la propia vida.

Zap-Zap y Rebel, el alto latac de cabello cobrizo, se hallaban en aquel momento en la misma celda, pues unos guardianes acababan de cambiarlos para prevenir hipotéticos motines tras la ejecuciones habidas.

—No se puede hacer nada contra el poder del emperador y su policía TOT.

—Se puede luchar contra ellos —replicó Zap-Zap.

—Un gran tanto por ciento de la población de las distintas civilizaciones se ha acostumbrado a vivir en este sistema imperial y autocrático y no les hables de cambiar, no se puede contar con ellos.

—Pero unos cuantos si queremos la rebelión.

—Correría la sangre de muchos inocentes y ¿qué conseguiríamos? ¿Crees que se puede hacer y ganar una guerra contra los TOT y contra los milicianos del general Amonit? No, Zap-Zap, es una guerra perdida de antemano.

—Podemos darles unos golpes de mano, empezar la guerrilla de resistencia hasta que entre todos declaremos la guerra total. .

—Si fuera una sola civilización habría unas raíces de unión, pero tal como están las cosas es inútil. Además, ya habrás observado cuáles son las represalias, y no se puede dejar que entes inocentes mueran represaliados.

—Y qué hemos de hacer entonces, ¿dejar que nos esclavicen, que nos torturen, que nos asesinen de forma canallesca como han hecho en el patio?

—No, no debemos hacer eso, por ya sabes que tenemos otros planes y es mejor no hablar de ellos. Los esbirros del general Blackyon y del mayor Parrot poseen aparatos de lectura cerebral y no sirve de nada hacerse los duros. Para averiguar lo que un hombre no quiere decir basta con colocarle el maldito artilugio y sus pensamientos salen en pantalla.

—He oído de seres que son capaces de confundir a esos aparatos.

—Sí, los hay —admitió Rebel—, pero pocos.

—¿Conoces tú a alguno de esos seres capaces de confundir a una aparato de sondeo de pensamientos?

—Mejor no hablar de eso; y ahora escucha, si han llevado a cabo esas ejecuciones indignas de cualquier ente revolucionario, sea de la civilización que sea, es que tienen miedo.

—¿Miedo? —repitió Zap-Zap, no muy convencido.

—Sí, miedo. No han sido unas ejecuciones simplemente sádicas para su propio placer.

—A mí me da la impresión de que el mayor Parrot ha disfrutado.

—Es posible, pero esas ejecuciones han sido llevadas a cabo para asustamos a nosotros y estoy convencido de que ése es el fin. Han

querido traspasamos su miedo a nosotros para que corra la voz y nadie se mueva.

—Pues con tanta criminal canallada van a conseguir el efecto contrario.

Mirando el rostro de Zap-Zap, el ente de la civilización wask, Rebel se preocupó. Con sus hermanos de raza podía cometer alguna acción desesperada que dificultara los planes conjuntos de liberación. Mas no podía decirle nada. Zap-Zap era un excelente compañero, pero tenía mucho violencia en su carácter y allí nadie era el jefe de nadie, todos luchaban por la misma causa, la liberación del tirano que, además de practicar el despotismo más cruel daba soporte a las familias que esclavizaban a los desheredados de la fortuna que no tenían más capital que sus manos, su sudor y su cerebro programado para una profesión determinada.

CAPÍTULO III

Dentro de la prisión «A», los rostros de los entes allí recluidos se habían ensombrecido.

Todos tenían miedo a las represalias a base de torturas y ejecuciones que el mayor Parrot, al que llamaban «el verdugo del tirano», practicaba con mucho gusto, aunque todos sabían que obedecía órdenes del general Blackyon, jefe de la policía TOT.

—Rebel, número siete tres uno cuatro, pon las manos sobre la plancha blanca —ordenó el funcionario con cierta agresividad dentro de su habitual hastío.

A derecha e izquierda tenía sendos robots vigilantes, dispuestos a disparar sus rayos dolorosos y paralizantes.

Rebel obedeció, colocando sus manos boca abajo sobre la plancha blanca. El burócrata de la prisión pulsó un botón y las huellas dactilares, más el dibujo de las rayas de las palmas de sus manos, fueron codificadas y procesadas.

A los pocos instantes se encendió un piloto verde que indicaba que el

ordenador central del recinto carcelario daba por buena la liberación de Rebel, que allí dentro se había convertido en el número siete tres uno cuatro.

Rebel se tocó el dogal metálico que se cerraba en torno a su cuello. El funcionario carcelario sonrió. Tecleó en el tablero terminal del ordenador y esperó respuesta. Rebel pudo oír el «clic».

El collar dejó de quedar ajustado a su garganta, se abrió por uno de sus lados. Rebel se lo quitó, aquel dogal era humillante.

—Déjalo ahí encima.

Rebel depositó el dogal sobre la mesa. Hubiera deseado arrojarlo al suelo y pisotearlo, pues con él al cuello se había sentido más esclavo que nunca, pero aún no había salido del centro carcelario y se arriesgaba a que le impidieran salir, que le colocaran otro de aquello malditos collares y prolongaran su estancia en la prisión, ya que no se podía confiar en los jueces que obedecían las órdenes de los poderosos dentro del imperio.

—Ve a la sección «Z» y te darán tu ropa. Ah, y que tardes en volver por aquí, ya sabes que a los reincidentes les va peor.

Recordó las ejecuciones y se mordió los labios.

En aquel momento, por un interfono llamaron al burócrata. Rebel era el último de los liberados aquel día.

Rebel, que se había alejado unos pasos, al verse solo, antes de marchar hacia la sección «b», regresó sobre sus pasos. Se puso delante del teclado terminal del ordenador y comenzó a teclear, enviando órdenes que iban a crear una confusión momentánea en el procesador central. Volvió a teclear y se alejó hacia la sección «Z», ya fuera del alcance de los celadores. Recogió sus ropas y se vistió rápidamente.

En aquellos momentos varias docenas de collares metálicos se abrieron automáticamente en los cuellos de los sorprendidos prisioneros, que se apresuraron a liberarse de los dogales electrónicos que tanto odiaban.

También comenzaron a abrirse y cerrarse puertas estúpidamente y no tardó en crearse un estado de confusión general. Los prisioneros salían de sus celdas y alzaban las manos como liberados, mientras los robots iban de un lado a otro, también confundidos.

Tras crear aquel desorden dentro de la prisión, Rebel, ya vestido con sus pantalones ajustados, sus botas de media caña oscuras y la camisa-saco que dejaba en parte al descubierto el rizado y abundante vello del tórax, cruzó la puerta del penal cuando comenzaron a ulular las sirenas de alarma.

El burócrata corría hacia su panel de mandos mientras las puertas, con la alarma general, se cerraban automáticamente. Miró la pantalla y pudo leer en ella: ERES UN IDIOTA.

—¿Yo? —se preguntó, temiendo que las culpas de lo ocurrido cayeran sobre él, pues sería llamado a dirección para que explicara lo sucedido en su teclado de órdenes.

Rebel subió a un bus aerodeslizador y éste prosiguió su marcha, cuando a no mucha distancia un aerodeslizador de la policía TOT circulaba al completo con veinticinco agentes.

Súbitamente se hizo una gran bola blanca y el aerodeslizador de la policía se desintegró en medio de un terrible fragor. El propio bus salió lanzado en el sentido de la marcha que llevaban a causa de la brutal onda expansiva.

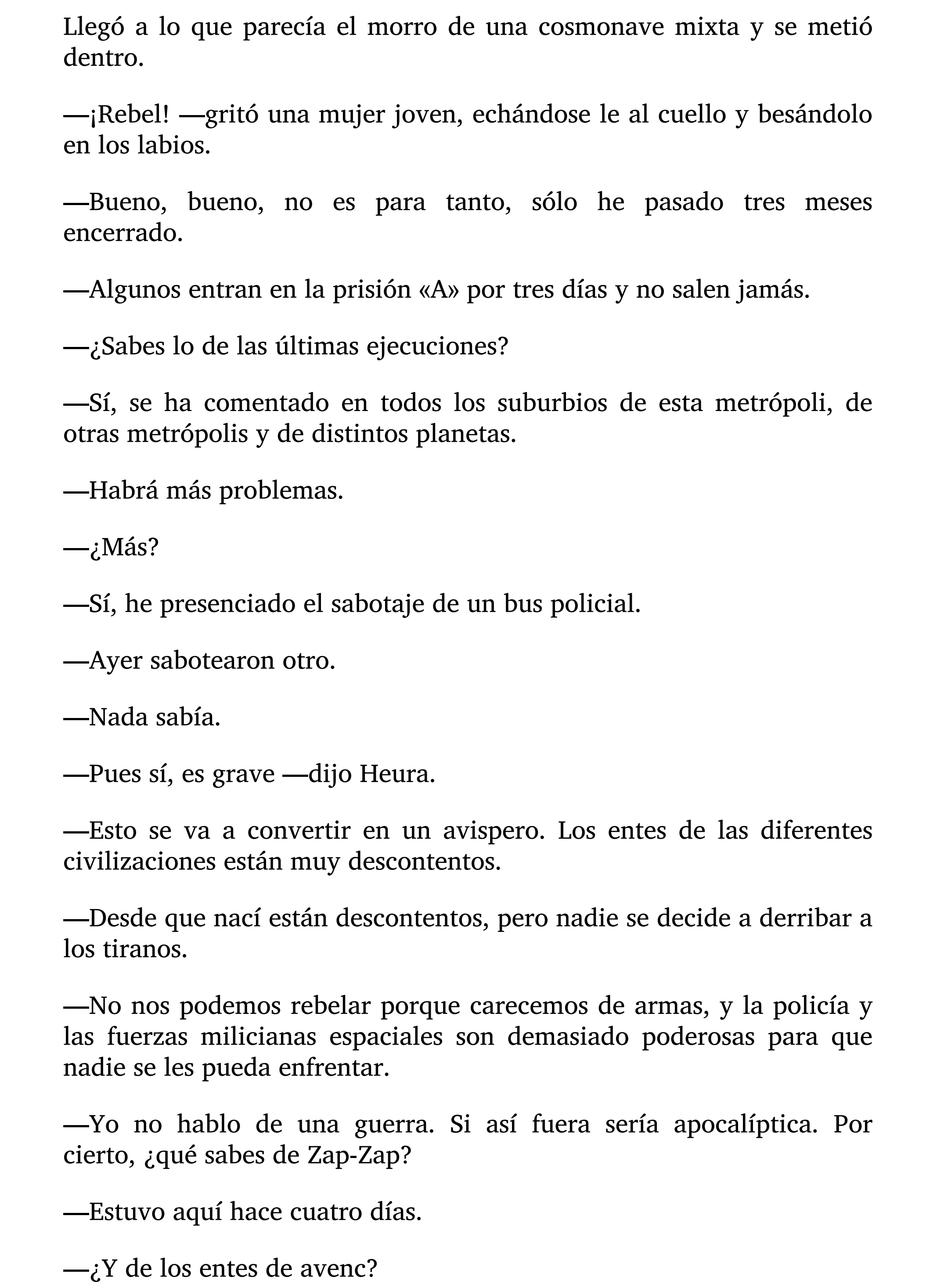
Los ojos de Rebel se llenaron de luz blanca. Aquel sabotaje tenía que considerarlo como desgraciado, pues no tardarían en producirse las represalias.

El general Blackyon endurecería la mano de la represión. La metrópoli era tan grande como desordenada, especialmente en los suburbios donde se amontonaban naves para desguace que eran utilizadas como viviendas y garitos.

Sólo el centro de la gran urbe estaba ordenado, con viaductos de hasta cinco niveles, maravillas de la ingeniería de vías elevadas. Las autoridades enviaban sus máquinas de destrucción y limpieza con grandes palas y las apisonadoras para abrir grandes vías en los suburbios, pero a los pocos días, aparecían nuevas naves-chabola que volvían a servir de viviendas.

Allí vivían los que no encontraban trabajo, sólo de vez en cuando, o simplemente se negaban a trabajar para las grandes familias opresoras. Por lo tanto, aquellos suburbios eran cambiantes.

Rebel salió del bus aerodeslizador junto al llamado suburbio del lago y se alejó entre aquella masa de fuselajes de aeronaves y cosmonaves; allí había de todo.



Llegó a lo que parecía el morro de una cosmonave mixta y se metió dentro.

—¡Rebel! —gritó una mujer joven, echándose le al cuello y besándolo en los labios.

—Bueno, bueno, no es para tanto, sólo he pasado tres meses encerrado.

—Algunos entran en la prisión «A» por tres días y no salen jamás.

—¿Sabes lo de las últimas ejecuciones?

—Sí, se ha comentado en todos los suburbios de esta metrópoli, de otras metrópolis y de distintos planetas.

—Habrá más problemas.

—¿Más?

—Sí, he presenciado el sabotaje de un bus policial.

—Ayer sabotearon otro.

—Nada sabía.

—Pues sí, es grave —dijo Heura.

—Esto se va a convertir en un avispero. Los entes de las diferentes civilizaciones están muy descontentos.

—Desde que nací están descontentos, pero nadie se decide a derribar a los tiranos.

—No nos podemos rebelar porque carecemos de armas, y la policía y las fuerzas milicianas espaciales son demasiado poderosas para que nadie se les pueda enfrentar.

—Yo no hablo de una guerra. Si así fuera sería apocalíptica. Por cierto, ¿qué sabes de Zap-Zap?

—Estuvo aquí hace cuatro días.

—¿Y de los entes de avenc?

—Sé que andan con Zap-Zap.

Heura le miraba con ojos de amor, aunque Rebel no parecía entregado a la bella mujer.

—Nuestros hermanos te estaban esperando, tú eres el líder de los latac.

—¿Lider? Aquí no hay líderes, hay un grupo unido para llevar a cabo la liberación.

Heura se apresuró a prepararle algo de beber mientras él se acercaba a una ventanilla y observaba aquel mar de chabolas hechas con restos de aeronaves y cosmonaves, todas de desguace. Era un mar cambiante, que, sin embargo, parecía inamovible.

—Esto no tiene solución ni futuro —se lamentó Rebel. La mujer se le acercó, tendiéndole la bebida en un vaso alto.

—¿Por qué pretendéis cambiarlo todo, si la mayoría no quiere que cambie nada?

—Yo no quiero una guerra en la que el pueblo quedaría masacrado; yo lucho por la liberación de los que deseamos ser libres.

—Jamás conseguiréis vuestros propósitos.

—Eso ya lo veremos.

En aquellos momentos, una escuadrilla de aeronaves de combate pasaron por encima de las chabolas en perfecta formación, a velocidad lenta y produciendo silbidos, pitidos enloquecedores que obligaron a los habitantes del gran suburbio del lago taparse los oídos con las manos.

Algunos cayeron al suelo y rodaron sobre sí mismos; otros babearon como si fueran presa de una enfermedad enloquecedora.

El vaso de cristal estalló en la mano de Rebel. Este, al ver a la muchacha presa del dolor, la atrajo hacia sí y la oprimió contra su pecho.

—¡Malditos bestias! —masculló Rebel, aunque sus palabras quedaron ahogadas en los infernales pitidos Que hacían reventar los cristales del suburbio.

Aquel raid que parecía de castigo duró muy poco, pero resultó tan dañino como se habían propuesto.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó Heura, ya recuperada.

—Para hacer notar su fuerza. Supongo que están rabiosos por el último sabotaje que han sufrido, pero no se puede castigar a todo un pueblo por lo que unos guerrilleros urbanos hayan hecho. Con esos pitidos tendrían que pasar por encima de las grandes mansiones lujosas o las mansiones flotantes; pero no, hay que castigar sólo a los suburbios. —Se volvió hacia ella, cogiéndola de las manos, y preguntó —: ¿ Dónde puedo encontrar un aerodeslizador?

—Got te lo puede proporcionar, yo no tengo ninguno.

—¿Sigue bien Got?

—Sí, tuvo un accidente pero ya se ha recuperado. Te acompaño.

Salieron juntos y anduvieron por aquel laberinto de chabolas que más parecía un basurero de restos de cosmonaves en desguaces, pues ni una sola de ellas estaba entera.

Tras caminar por entre aquellas chabolas se metieron en lo que parecía un cúmulo mayor de chatarra de vehículos volantes. Era como una montaña insalvable, pero Heura sabía que podían filtrarse por una puerta ladeada que pertenecía a un resto de nave.

Se introdujeron en una especie de túnel por donde asomaban toda clase de metales. Parecía casi imposible pensar que se pudiera circular caminando entre aquella montaña de chatarra. Por aquel lugar no se atrevían a pasar las patrullas del TOT.

Al fin llegaron a una especie de nave donde sí había varios aerodeslizadores pequeños.

Got era un individuo muy alto y delgado, de cabellos y barba canosos. Al ver a Rebel abrió los brazos y sus ojos brillaron de alegría.

Se abrazaron efusivamente en presencia de Heura.

—¡Muchacho cuando te llevaron a la cárcel creí que no volvería a verte más!

—¿No te han enviado informaciones?

—No, pero sé lo que le ocurrió a mi hermano Domani.

—Desgraciadamente yo presencié su muerte.

—¿Por qué lo hicieron?

—Para metemos el miedo en los huesos, sin duda —respondió Rebel.

—Sólo se había negado a investigar en armas de muerte.

—Para ellos era un ente subversivo. Vivimos en un imperio al que llaman Civilizaciones Unidas y en el que no tenemos ninguna clase de libertad aunque parezca que la haya. Donde los seres no tienen suficiente para vivir con dignidad; no puede haber libertad, pero nosotros la encontraremos. No sólo hay posibilidades de vida biológica en estos nueve planetas, hay otros muchos.

—Conozco tus planes, muchacho, y me parecen los mejores.

—Han comenzado una oleada de sabotajes, y eso es malo para nuestros planes.

—Cierto —admitió Got—. Hay más vigilancia de los TOT.

—Got ¿tú no quieres vengarte?

—No, la venganza no conduce a ninguna parte. Venganza no, justicia sí, pero en este imperio no la hay.

—Este imperio va camino de su autodestrucción, de convertirse en un inmenso basurero —opinó Rebel—. Lo que hay que hacer es buscar la liberación. Si nosotros damos ejemplo otros nos seguirán y terminarán por quedarse solos los que mandan, los que someten, los que se enriquecen a costa de los demás, y ellos serán los que tengan que trabajar para sobrevivir.

—¿Crees que eso ocurrirá alguna vez? —preguntó Heura, escéptica.

—Dentro de dos días se celebrará la asamblea.

—No faltéis. Lo malo será que los TOT descubran el lugar de la reunión y caigan sobre nosotros, abortando nuestro plan de liberación.

—Por más armas y por más TOT que haya no conseguirán abortar el plan de liberación —dijo el viejo Got muy tenso.

El era un científico como su hermano asesinado. Los ojos le brillaron al recordar a Domani.

De pronto se oyó un gran estruendo.

Los tres miraron en derredor, como si el techo de aquella nave, compuesto de retazos de planchas de distintas cosmonaves y aeronaves soldadas entre sí, fuera a desplomarse.

Heura preguntó, alarmada:

—¿Qué es esto?

Got fue hacia un panel con seis pantallas de TTV. Al ponerlas en marcha pudieron ver parte del suburbio, y como por su centro avanzaban cinco gigantescas palas que parecían afeitar el suelo, como creando carreteras de una docena de metros de ancha cada una, pues las palas tenían esa amplitud.

Las chabolas que eran arrancada del suelo eran lanzadas a los lados, sobre otras chabolas que quedaban aplastadas. Los monstruos mecánicos, gigantescos bulldozers, asomaban sus cabinas dos docenas de metros por encima de las propias chabolas.

—Otra represalia —gruñó Got.

A través de las pantallas. Heura pudo ver cómo huían hombres y mujeres de distintas civilizaciones, por tanto con diferentes aspectos físicos.

No cabía duda de que aquellas máquinas gigantescas que se abrían paso por entre el suburbio con sus enormes palas de diez metros de anchas, dejando el suelo raso por donde pasaban, llevaban a cabo una labor de represalia, y en aquel brutal atropello, llevado a cabo sin previo aviso, morirían bastantes seres, inevitablemente.

De pronto, entre unas chabolas, surgió una bomba de fabricación doméstica que voló por el aire y alcanzó a una de las gigantescas máquinas que todo lo arrasaba.

Esta se llenó de fuego blanco que comenzó a fundir sus hierros, frenando para siempre su labor destructiva.

CAPÍTULO IV

Después de la masacre del suburbio del lago donde se habían

producido muchos muertos, seres de distintas civilizaciones que allí se guarnecían, mezclados, casi amontonados en infernales condiciones de vida, se produjo una calma tensa.

En todas las salidas del suburbio del lago, un suburbio por otra parte inmenso, había controles de los TOT. La policía totalitaria cacheaba y pasaba por interminables controles a todos los seres que entraban y salían del suburbio. Detectores de armas, controles de identidad, humillaciones, vejaciones a las hembras.

Sin embargo, los medios de comunicación de masas, que eran los noticieros de la T.T.V., sólo contaban excelencias del imperio de las Civilizaciones Unidas; parecía que nada hubiera ocurrido.

Oficialmente nada se había dicho de la brutal y criminal represalia del suburbio del lago y mucho menos se hablaba de cuántas habían sido las víctimas, muchas de las cuajes habían sido desintegradas en el mismo lugar donde las encontraban.

Los medios de información oficiales (pues no había otros) tampoco dijeron nada de los agentes del TOT exterminados por la guerrilla urbana, surgida inesperadamente para dar la batalla a las fuerzas imperiales.

Todo seguía normal. En las pantallas aparecían series de dibujos animados, con grandes efectos de color conseguidos por computadoras: cantantes con canciones empalagosas saltaban a las pantallas y también se proyectaban películas de corte folklórico, realzando valores que en la vida real no existían.

El gran hangar oculto del profesor Got había estado a punto de ser arrasado por una de aquellas gigantescas palas de diez metros de ancho, alisando el suelo donde se posaban sus gigantescas cadenas de rodamiento.

—Tenemos que salir de aquí —gruñó Got, Heura objetó:

—Por las vías normales no se puede salir.

—Ellos han taponado las salidas del suburbio con férreos controles —admitió el profesor Got—, pero no pueden acordonarlo todo completamente debido a su extensión.

—Sí, pero mantienen la vigilancia aérea y por satélite.

—Yo tengo una salida del suburbio por la que no seremos detectados

—dijo el profesor.

—Eso es imposible —dijo Heura.

Cariñosamente el viejo profesor le tocó la mejilla.

—No hay nada imposible, pequeña.

—¿De veras se puede salir de aquí sin ser descubierto? —inquirió Rebel.

—Si lo dices porque quieres llevarte tus armas, te diré que sí.

—Mis armas son necesarias. Quiero poder defender me si me atacan.

—¿Vas a hacer sabotajes? —le preguntó Heura.

—No. Odio a los TOT y a unos cuantos más, pero no es mi estilo. Ahora bien, si nos enfrentamos venderé cara mi piel.

—Bien, venid conmigo.

Got abrió una pared que no parecía que pudiera abrirse. Dentro de ella aparecieron varias armas, cascos y otros útiles como telecomunicadores láser y de otros tipos.

—¿Quieres armas tú también, Heura? —le preguntó el profesor Got.

—Después de la masacre ocurrida en el suburbio prefiero ir armada, aunque si me atrapan me caerán encima muchos años de condena.

—Toma este cinturón con la pistola supraultrasonic. Con un disparo de ella puedes agujerear un muro y pasar luego por el agujero, y si le das a un enemigo o a un robot quedará fragmentado al instante.

—De acuerdo —aceptó Heura, ajustado el cinturón a su estrecha cintura.

La funda de la pistola supraultrasonic se amoldó a su redondeada cadera.

—En el cinturón tienes un telecomunicador que, si te alejas, te pondrá en contacto con el que lleva Rebel o el mío, pues no podrá ser interceptado por nadie.

—¿Fabricación tuya? —preguntó Rebel.

—Sí.

Ya protegidos por las armas, el profesor Got les pidió que le siguieran y se filtraron por entre la chatarra, donde nadie hubiera podido asegurar que allí existía un camino.

Al fin llegaron a una trampilla y por ella accedieron a un tobogán de caracol. El profesor Got se puso a la cabeza y fue el primero en deslizarse, a oscuras. Le siguió Heura, y tras ella Rebel, que se encargó de cerrar la trampilla.

La joven tuvo la impresión de que giraba cientos de veces en aquel tobogán de caracol. Allí sí había luz que iluminaba una cueva ancha, casi una sala.

—Todavía me da vueltas la cabeza —suspiró Heura levantándose.

Got señaló un aerodeslizador que funcionaba por compensación antigravitatorio, un aparato silencioso de líneas muy aerodinámicas.

—Con ese vehículo podemos salir del suburbio —dijo. Rebel objetó:

—Los tres no cabemos.

—Apretándonos sí —respondió Gol. Señaló una galería y dijo—: Cabe justo por ahí.

—¿Es una cueva natural? —preguntó Heura.

—No, la hice yo con un topo electromecánico autónomo cuando arriba no había vigilancia. Si el topo se pusiera a perforar el subsuelo ahora sería detectado por los fonoscanners.

—¿Y adónde conduce? —quiso saber Rebel.

—Al otro lado del lago.

—¿Pasa por debajo del lago? —preguntó Heura asustada.

—Sí. Hay algunas filtraciones de agua, pero por ahora no son peligrosas.

El profesor Got abrió la carlinga del aerodeslizador y les pidió:

—Todos adentro. Los mandos son automáticos para circular por la galería abierta por el topo que yo mismo fabriqué.

Apretados se introdujeron en el aerodeslizador. Heura se sentó entre las piernas de Rebel y éste la estrechó contra sí. Ella notó las manos del recién excarcelado tomando sus senos y sonrió mientras el aparato silbaba deslizándose por la tierra horadada.

El monofaro iluminaba la galería abierta, galería que en ocasiones pasaba por tierras húmedas, y en otras por roca también perforada.

El vehículo efectuó el recorrido con rapidez. El monofaro iluminó el final de la galería, taponada por una montaña de basura. El aerodeslizador la empujó y saltó al exterior, desparramando toneladas de desperdicios a su alrededor. Vieron la gran estrella del sol amarilla y redonda.

Habían salido al otro lado del lago en el que nacía un ancho río que se dirigía al océano, que sólo estaba a poco más de cien kilómetros. El cauce del río era tomado como un viaducto sobre el que se deslizaban los gigantescos y pesados aerodeslizadores de carga y de pasajeros.

—Ya hemos escapado.

—Es usted genial, profesor Got —aplaudió Heura.

—Mi hermano sí lo era —dijo.

—Eso es cierto, pero no más que tú —dijo Rebel—. Tu eres un hombre muy pragmático que saca provecho de cualquier cosa. Eres imprescindible en el proyecto de liberación. Heura inquirió:

—¿Podría huir mucha gente por este agujero que termina en el basurero?

—Con un tren de aerodeslizadores sí se podría evacuar a mucha gente del suburbio, pero de momento es conveniente que esta galería sea un secreto, porque si los TOT la descubren la cegarían con algún explosivo nuclear —replicó Got.

Rebel se puso a los mandos del vehículo y se alejaron río abajo, esperando no llamar la atención de los agentes TOT que vigilaban el cauce.

Antes de llegar al océano se separaron del río en dirección oeste y se deslizaron por entre peñascos y montañas escarpadas, lugares yermos de piedras negras bañadas por las aguas que el océano les enviaba cuando, cíclicamente, las erupciones volcánicas submarinas provocaban un maremoto y resultaban tan matemáticas que parecían

un reloj.

Se introdujeron por una quebrada cuyo fondo estaba lleno de agua salobre. Allí, el agua de los maremotos quedaba encerrada sin posibilidad de salida y se había creado un ecosistema completo.

Abundaban los crustáceos de gran tamaño, especialmente gigantescos cangrejos que en los días de lluvia, corriendo por entre los peñascos, eran capaces de llegar al océano de donde procedían.

Por aquellos lugares no se aventuraba nadie por lo peligroso que resultaba. Sólo de vez en cuando iban allí cazadores, seres ricos que acudían para divertirse.

El aerodeslizador prosiguió su viaje sin detenerse, observado por los ojos redondos y móviles de los crustáceos, hasta llegar a la montaña de los aullidos. La llamaban así desde tiempos inmemoriales, porque cuando el viento la azotaba se filtraba por sus innumerables cavernas y actuaba como un instrumento musical de viento.

Sus aullidos podían oírse a mucha distancia. Durante milenios se había considerado una montaña sagrada.

El aerodeslizador se introdujo por una de las cavernas de aquella montaña perforada por miles de túneles, ocasionados posiblemente en la mismísima formación del planeta por las avenidas de lava incandescente.

Al fin, el aerodeslizador se detuvo frente a una pared rocosa que parecía ser el final. Rebel abrió la puesta del aerodeslizador y se asomó para lanzar un grito gutural y prolongado que tenía leves ondulaciones.

Heura se estremeció al oír aquel grito varonil, parecía un lejano grito de guerra.

La pared rocosa se abrió por su centro, como si la tierra se rajara al grito de aquel ser nacido bajo la civilización latac.

El aerodeslizador pasó al otro lado de aquella puerta disimulada en la roca y cuando hubieron pasado se cerró tras ellos.

Avanzaron por una gruta ancha hasta llegar a una gigantesca sala perfectamente iluminada, donde se alzaba una gran cosmonave en construcción. Seres de distintas civilizaciones se afanaban en su labor.

Rebel detuvo el vehículo y salió de él. El profesor Got y Heura hicieron lo mismo.

—¡Rebel!

—¡Zap-Zap!

Los dos hombres se abrazaron efusivamente: palmeándose las espaldas.

—¿Cuándo te han soltado?

—Hace muy poco.

—Ha venido conmigo el profesor Got, nos hace falta aquí.

—¿Cómo van esos trabajos? —preguntó el profesor.

—Tenemos muchas dificultades, algunos creen que no lo conseguiremos jamás —se sinceró Zap-Zap.

—Lo conseguiremos —manifestó Rebel, seguro de sus palabras.

—Nos falta de todo —se lamentó Zap-Zap. Cartuchos de energía, instrumentos, alimentos, de todo.

—Lo conseguiremos —repitió Rebel, mirando la cosmonave en construcción. Se sentía orgulloso de ella.

Heura, observando maravillada la gran cosmonave, preguntó:

—Si alguna vez se termina, ¿podrá salir de aquí?

—Seguro —dijo Zap-Zap—. La montaña de los aullidos es nuestra protectora, pero el día que decidamos volar nos dejará escapar.

El profesor Got rezongó:

—Como los TOT descubran este escondite pedirán a las fuerzas espaciales del general Amonit que bombardeen la montaña para desintegrarla, y los millones de toneladas de roca quedarán reducidos a partículas. Se convertirá en el montón de polvo más grande de toda la galaxia.

—Zap-Zap, ¿habéis sido los wask quienes habéis iniciado la ofensiva contra los TOT?

—Ahora ya saben que alguien les puede replicar —respondió Zap-Zap con una sonrisa de satisfacción.

—Pues yo no estoy de acuerdo con esa forma de actuar dijo Rebel muy serio.

—¿Ah, no? ¿Es que esos bastardos al servicio del tirano y bajo las órdenes de Blackyon y el mayor Parrot acaso no merecen que se les mate?

—No me gusta la forma en que se llevan a cabo los ataques.

—¿Qué tendríamos que hacer según tú, regalarles dulces después de los crímenes que cometen? ¿Acaso nosotros somos defendidos por las leyes justas, por los jueces imparciales?

—Ha muerto mucha gente inocente —observó el profesor Got.

—Nosotros hemos luchado exponiendo nuestra vida. No podíamos dejar que ellos maten impunemente, que nos pongan sus botas en el cuello.

—Por supuesto que no —admitió Rebel—, pero para eso construimos esta cosmonave.

—Y la terminaremos y llevaremos a cabo el proyecto «Liberación» —admitió Zap-Zap.

—Sí, pero con vuestros sabotajes y ataques a las fuerzas TOT estáis poniendo en peligro el proyecto. Los TOT están furiosos y todo parece un avispero gigante. No cesan de acosar al pueblo, se hacen detenciones en masa, los dolorosos interrogatorios se suceden y terminarán por saber demasiado a causa de vuestra provocación sangrienta.

—Ellos se lo han buscado. ¿Es que has olvidado la matanza de la prisión «A»?

—No, no la puedo olvidar, pero no tenemos un ejército para luchar contra los guerreros del tirano Shanninger y su implacable policía TOT.

—Yo no he olvidado las muertes de la prisión, pero ¿habéis muerto bajo las represalias de la policía TOT, y los que murieron en el suburbio del lago?

—En las guerras siempre mueren inocentes —replicó Zap-Zap.

—Tú y los tuyos no les preguntasteis si querían morir —le puntualizó Rebel, que hablaba muy claro con su compañero del rebeldía ante la tiranía de Shanninger.

—Había que hacer algo —dijo Zap-Zap—. Teníamos que demostrar les que no somos animales de matadero.

—Ellos son el gigante —puntualizó Rebel—. Lo habéis puesto furioso y ahora pagan muchos inocentes. Tú sabes que nuestros planes están en esta cosmonave.

—Lo siento, Rebel, pero yo no puedo olvidar los asesinatos de la cárcel. Parece que tú sí los has olvidado.

—No, y menos en la forma que fueron llevados a cabo, pero si atacas a los TOT pones en peligro nuestro proyecto, en el que un grupo muy numeroso de seres, si es que logramos llevarlo adelante, escogeremos la libertad.

—En ese caso será bueno celebrar asamblea y ver lo que opinan todos, ¿Te parece justo?

—¿Estarán todos?

—Sólo faltarán unos pocos.

—Bien, me parece justo. Insisto en que no es bueno entablar una guerra contra los TOT. Si nos atacan nos defenderemos, eso se da por supuesto, pero no es prudente ir a hostigarlos. Los controles se han multiplicado, las represalias son feroces. Habéis conseguido sorprenderles en algunas ocasiones, pero por cada uno de ellos que habéis exterminado han muerto más de diez seres del pueblo.

—¿No te excedes en la cuenta de los muertos?

—Tú no estabas en el suburbio del lago cuando se hizo la masacre.

—Por poco no nos contamos nosotros entre los muertos —dijo Heura.

—Rebel tiene razón —apoyó Got—. Hay que dedicar todos los esfuerzos a terminar la cosmonave y olvidarse de hostigar a los TOT. Se llevarán una buena sorpresa cuando escapemos hacia otros mundos con esta cosmonave.

—¿No la derribarán las fuerzas especiales? —preguntó Heura

dubitativa.

—Si conseguimos dotarla de la coraza hipermagnética y otros aditamentos, además de armamento de réplica, no nos abatirán —dijo Rebel.

—Si no nos arriesgamos no conseguiremos todo lo que aún nos hace falta —dijo Zap-Zap.

—En el proyecto «Liberación» estamos todos juntos, los latac, los avenc y los wask, pero si nosotros llevamos a cabo algunas acciones contra los TOT, es cosa nuestra.

—No, Zap-Zap, no es sólo cosa vuestra, porque están muriendo seres inocentes que no participan en nada y que sólo quieren vivir.

—Como esclavos —objetó Zap-Zap.

—Como a ellos les dé la gana —replicó Rebel—. Ni tú ni yo vamos a imponer sistemas de vida a nadie y tampoco pondréis en peligro el proyecto «Liberación». Si conseguimos llevar a cabo nuestro plan puede que otros sigan nuestro ejemplo, y si nosotros podemos ayudarles, lo haremos. Y si se forma un ejército entre el pueblo de las nueve civilizaciones para luchar contra la tiranía de Shanninger, y quienes bajo su amparo se enriquecen hasta el delirio a costa de la explotación de los que no tienen más que su trabajo, entonces, por lo menos los latac, lucharemos en ese ejército. Ahora hay que escapar y demostrar que se puede conseguir.

—Ya discutiremos eso, Rebel. De momento no tenemos ninguna operación de sabotaje y represalia contra los TOT, puedes estar tranquilo. Hemos demostrado al emperador y a todos que no estamos asustados. Si se proponían metemos el miedo en el cuerpo con sus torturas y ejecuciones se han equivocado.

—Está bien, Zap-Zap. No pienses que tengo ningún miedo. Mira, voy armado y si los TOT se ponen delante de mí tienes mi palabra de que no voy a dejar que me detengan. Lucharé hasta la muerte.

—Nunca he pensado que fueras un cobarde, Rebel.

—Zap-Zap, te comprendo, pero no es bueno luchar como lo hacéis. Vosotros dais golpes de mano muy efectivos, pero muchos seres inocentes salen perjudicados. Pongamos todo nuestro interés en la cosmonave.

Los dos hombres, procedentes de civilizaciones diferentes que no se mezclaban entre sí, se miraron a los ojos directamente. El uno confiaba en el otro y viceversa. Hacía ya mucho tiempo que luchaban por la misma causa.

Aquella gigantesca cosmonave, metida en las entrañas de la montaña de los aullidos, crecía, aunque le faltaba mucho para quedar completa, con posibilidades de despegar y saltar a los espacios siderales en busca de otra galaxia, de nuevos mundos.

CAPÍTULO V

El furgón aerodeslizador se detuvo un instante ante la entrada subterránea del Center Building de la policía TOT. Dentro del furgón aerodeslizador iban los arrestados, como normalmente sucedía.

Nadie quería pasar por la experiencia de ser introducido por aquella puerta que se cerraba herméticamente, que parecía indestructible y que conducía a los sótanos del centro de la policía TOT, el lugar donde se hallaban las peores mazmorras por las que los detenidos pasaban antes de ser conducidos a prisión.

El furgón aerodeslizador descendió por una rampa en la que había muchas curvas, hundiéndose en el subsuelo del edificio, de donde no podían escapar los gritos y aullidos de dolor.

Una sección de policías armados rodeó rápidamente el furgón cuando éste se detuvo. Las portezuelas se abrieron automáticamente y los agentes uniformados apuntaron con sus armas a los detenidos, mientras una voz imperiosa y agresiva exigía:

—Todos fuera, rápido. Al que se quede dentro lo desintegraremos.

Los detenidos se apresuraron a saltar fuera del furgón.

Todos aquellos desgraciados, pues se les podía dar este calificativo por haber caído bajo el poder del general Blackyon y sus esbirros, eran avenc.

Los avenc no eran muy altos. Delgados y muy oscuros de piel, sus ojos

eran grandes, enormemente grandes y redondos, ojos que veían en las tinieblas. Estaban asustados, sólo había que verles. Miraban con verdadero pánico las armas con que les encañonaban. Se había hablado mucho de las torturas a los detenidos y de las ejecuciones sin juicio previo. ¿Cuántos de ellos volverían vivos a la pseudo-libertad?

—¡Todos contra la pared, brazos en alto! —ordenó una voz que brotaba de la megafonía.

Once individuos de la civilización avenc quedaron pegados a la pared, mientras dos de los agentes les colocaban los dogales de sometimiento, aquellos dogales electrónicos de los que ya no podrían escapar.

Ya sujetos por los dogales, les hicieron marchar en fila india hacia las mazmorras sin ventanas, hechas de sólidas paredes y techos de granito con un gran espesor.

Para amedrentarlos, para desmoronar su resistencia moral, los avenc fueron maltratados, golpeados, pateados. Cada uno de ellos fue luego introducido en una mazmorra distinta.

Un oficial de la policía TOT tecleó en una terminal de computador y las celdas comenzaron a convertirse en instrumentos de tortura que ya habían sido programados adecuadamente. Se iluminaron con una cegadora potencia lumínica, de tal modo que hería las retinas de los seres avenc aunque éstos cubrieran sus grandes ojos con los párpados, párpados que eran más finos que los de los latac o los wask que debían protegerse contra la luz del sol.

Sus oídos fueron bombardeados por una vasta gama de sonidos y ultrasonidos, que les llevaban al borde de la locura irreversible. Había que romper sus equilibrios psíquicos.

El mayor Parrot, que era quien dirigía aquella endiablada operación, sabía que los avenc mentalmente eran menos resistentes que los latac y los wask.

Tras pasar unas interminables horas de tortura, los detenidos avena, uno a uno, siempre incomunicados del resto de sus compañeros para cincelar en sus cerebros una profunda sensación de soledad y abandono, fueron conducidos a las salas de interrogatorio, en las cuales estaban instalados los elementos de tortura y exploración cerebral en contra de los mismísimos individuos.

A los avenc les fueron colocados los sondeos de ondas cerebrales y así

comenzaron los interrogatorios, mientras en otra sala dos especialistas observaban una pantalla y un computador registraba preguntas, respuestas y los datos que captaba el sondeador cerebral.

—¿A qué grupo subversivo perteneces?

—A ninguno, a ninguno —se apresuraba a decir el sometido a interrogatorio.

—¿Quién es el jefe?

—No hay jefe.

—¿Cuántos pertenecéis al grupo subversivo?

—No hay grupo subversivo.

Los avena, sistemáticamente, negaban y negaban, pero los interrogatorios proseguían de forma incansable.

Aquellos interrogatorios estaban totalmente programados para que el procesador central pudiera computar datos y procesarlos, dando como resultado una especie de opinión a la que faltaba la astucia instantánea.

Los interrogatorios continuaron sin que las víctimas pudieran escapar a las sillas metálicas en que fueron sujetadas con abrazaderas, ni de los cascos que con sus electrodos penetraban en sus más íntimas funciones cerebrales.

Cuando desmoronados por las tensiones, por los desequilibrios cerebrales pasajeros, los detenidos fueron arrojados de nuevo al interior de sus celdas, el oficial científico jefe del de interrogatorios pasó los rehenes al mayor Parrot, haciéndole notar:

—Existe uno de los interrogados que sí tiene que ver y mucho con movimientos subversivos.

—Tradúzcame este lío de números —ordenó el mayor Parrot, mirando la hoja llena de guarismos que eran las claves de procesamiento del ordenador dedicado a los interrogatorios.

—Fíjese en esta línea de números impares que van del tres al cinco y se repiten.

—Sí.

—Este detenido pertenece a un grupo subversivo llamado «Liberación». La constante se repite.

—¿Sabe cuál es la guarida de los subversivos «Liberación»?

—No. Si esos subversivos están bien organizados tendrán misiones diferentes por grupos y procuran no entremezclarlas por si son interrogados.

El científico que estaba a cargo de los sofisticados interrogatorios fue dando más explicaciones al mayor Parrot.

—Que se mantenga vigilancia especial sobre ese detenido.

—Se llama Nawon.

—Bien. que nadie hable con Nawon.

El mayor Parrot se fue con sus datos al despacho del general Blackyon y le informó de los mismos.

El general Blackyon escuchó muy intersado el informe que le proporcionaba su hombre de confianza.

—De modo que hemos capturado a uno de los subversivos.

—Eso parece general —asintió el mayor Parrot.

—Magnífico.

—Lo someteré a un superinterrogatorio.

—No —cortó el general Blackyon.

—¿No?

—No, eso he dicho.

—¿Por qué, si me permite preguntarlo? Obtendríamos más información.

—Creo que no conseguiríamos más información. Sabemos ya que el grupo subversivo «Liberación» existe y que lo componen seres de distintas civilizaciones. ¿Cuáles son sus fines? No están concretados.

—Poco más podríamos sacar de él, lo importante es lo que él pueda averiguar en el futuro.

—¿Quiere que lo convirtamos en un traidor a su causa?

—No es ninguna causa, es una subversión de vagos y maleantes.

—¿Cuál es el plan que usted ordena, general?

—Inserten un microemisor en su cerebro, sin que él se entere. Luego lo soltarán junto con los demás. Que él no sepa que se le ha hecho un tratamiento diferencial del resto de los detenidos.

—Comprendo. Luego le seguiremos gracias al microemisor.

—Así es, y todo lo que él hable u oiga lo sabremos nosotros. Ese avenc, sin que él lo sepa, nos conducirá a los demás subversivos, a su guarida, y entonces tendremos a todos los agentes y el material listo para caer sobre ellos. El mismísimo emperador desea presenciar la operación final de captura que ha de ser un éxito.

—Lo será.

—Eso espero. Si alguien falla en esta misión rodará su cabeza, dígaselo así al doctor que introduzca el microemisor en el cerebro del avenc. Que se asegure de que el microemisor no tenga fallos y no le quede cicatriz alguna en la cabeza. Ese avenc debe salir convencido de que ha pasado por unos interrogatorios en los que nada hemos descubierto. Luego, todo el aparato más cualificado de los TOT se pondrá al servicio de la operación de seguimiento. Ese avenc será el cabo que nos lleve al ovillo de toda esta subversión, que aplastaremos de manera ejemplar.

—¿Y si sospechan algo?

—No sospecharán. Rebajaremos los controles, de forma que los subversivos crean que estamos cediendo. De todos modos los saboteadores que nos han estado hostigando han dejado de atacar a nuestros agentes. Es como si mantuviéramos una tregua o un compás de espera. Ese avenc liberado podrá moverse con más tranquilidad. Primero se refugiará en soledad, para constatar que no le hemos seguido. No quiero que ningún agente se deje ver cerca de él. El seguimiento inicial se hará por electrónica. Después, poco a poco, él irá cogiendo confianza en sí mismo y nos conducirá a sus compañeros de subversión, a los que podremos atrapar. No conviene molestar demasiado al pueblo, pues ahora está excesivamente irritado por las últimas represalias.

—Será una aparente tregua de paz entre los subversivos y las fuerzas

TOT, pero como usted ha dicho, terminaremos capturando a todos.

—Correcto, y los castigos serán tan ejemplares que a nadie más se le ocurrirá formar ningún otro grupo subversivo.

El mayor Parrot se dispuso a llevar a cabo las órdenes recibidas.

El avenc llamado Nawon fue anestesiado sin que se diera cuenta de ello y llevado a un quirófano muy especial donde no se curaba a nadie, sino que se practicaba la cirugía electrónica para dañar, para torturar, para sondear cerebralmente y espiar malignamente a las víctimas que allí eran sometidas al bisturí láser que perforaba los huesos cerebrales como si éstos fueran de mantequilla.

Nawon, inconsciente, no se dio cuenta de cómo un diminuto microemisor, de un milímetro de ancho por tres de largo, le era introducido en el cerebro, justo por encima del oído derecho, por el interior del nacimiento del pabellón auricular para que ni la más mínima cicatriz pudiera notarse.

Todos los avenc detenidos. Cuando fueron puestos en libertad, sufrieron náuseas y fuertes dolores de cabeza a causa de las torturas. Nawon creyó que él había sufrido y sufriría lo mismo que los demás, ignorante de que había recibido un tratamiento especial cuyo objetivo era destruir el proyecto «Liberación».

CAPÍTULO VI

La comisión de científicos y técnicos de alta calificación que tenían que alumbrar aquella cosmonave de la liberación, se hallaban ante unos complicadísimos planos técnicos y otros planos que correspondían a las superficies de distintos planetas.

Hablaban con rapidez entre ellos, haciendo puntualizaciones correctas y nerviosas. Todos deseaban que la construcción de la cosmonave fuera un éxito total, pero en el fondo pocos, muy pocos, estaban convencidos de ese éxito.

Rebel y Zap-Zap, que eran los líderes humanos de aquel grupo que ansiaba escapar a la tiranía del emperador Shanninger, se acercaron a

la mesa de los científicos y técnicos.

—¿Cómo está todo? —preguntó Rebel algo ambiguo. El profesor Got amigo suyo y perteneciente a aquel grupo de científicos que tenían la complicada labor de dirigir la construcción de la cosmonave, le dijo:

—El cascarón de la cosmonave no tardará en ser terminado.

—¿Será seguro? —preguntó Zap-Zap.

—Sí, seguro, y con alta fiabilidad en todos sus elementos, pero tenemos el problema de conseguir alimentos envasados para llenar las bodegas y, sobre todo, nos hace falta un cartucho grande de materia núcleo-energética.

—¿Qué tipo de materia? —preguntó Rebel.

—Para poder alcanzar altas velocidades en el hiperespacio nos hace falta maragdita ochocientos noventa y tres.

—Eso es imposible de conseguir —opinó Zap-Zap.

—Este tipo de materia núcleo—energética es la que usan en las más avanzadas cosmonaves de la milicia espacial del imperio —puntualizó uno de los técnicos, precisamente un avenc.

—¿Cuánto hace falta? —preguntó RebeI muy grave.

—Un cartucho de los llamados dobles. Si con la cosmonave conseguimos llegar al planeta Erasmo, sin habernos desintegrado, allí tenemos un depósito de diez cartuchos que podemos cargar con rapidez y luego saltar al gran espacio, en marcha hacia la liberación total. Nuestro objetivo es un planeta del que sólo se tienen ligerísimos conocimientos, un planeta que se sabe es óptimo para la vida y allí podemos comenzar nuestra propia civilización, la civilización de los liberados —dijo el profesor Got.

—Con un pequeño comando, me comprometo a buscar y a encontrar ese cartucho de maragdita ochocientos noventa y tres —dijo Rebel.

—¿Eres consciente de que si los TOT te siguen hasta aquí estaremos perdidos, porque nos exterminarían a todos? —inquirió el profesor Got.

—Sí, pero trataré de obtener la materia núcleo-energética para que esta cosmonave pueda moverse y salir de las entrañas de la montaña

de los aullidos. Lo traeré hacia aquí evitando ser descubierto. ¿Cuánto pesa ese cartucho de maragdita ochocientos noventa y tres?

El profesor Got miró interrogante al técnico avenc y éste respondió:

—Incluyendo el contenedor, unas treinta toneladas brutas.

—Es mucho —opinó Zap-Zap.

—Encontraré algún vehículo para poder traerlo hasta aquí.

— Todos confiamos en ti. Rebel. Escoge a los mejores para que vayan contigo.

—No es necesario que saque a compañeros de los que están trabajando aquí en la montaña de los aullidos. Yo puedo darle el nombre de algún contacto con la metrópoli.

—¿Me estás hablando de alguien en concreto?

A la pregunta de Rebel, el ser avenc respondió:

—Sí, un hermano mío de civilización llamado Nawon conoce muy bien las entrañas de la metrópoli y pude colaborar.

—Bien, contaré con él. Necesitaré varios vehículos.

—Cuenta con mi aerodeslizador —le dijo el profesor Got— y con los vehículos que puedas encontrar en mi guarida del suburbio del lago. Ya sabes que allí hay varios vehículos disponibles.

Zap-Zap dijo entonces:

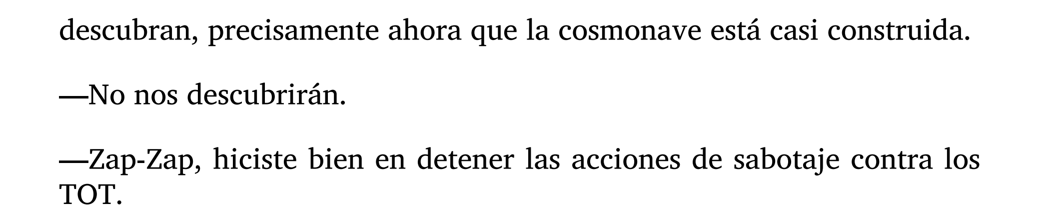
—Yo me comprometo a conseguir los alimentos y otros materiales que nos hacen falta.

—Bien —aceptó el profesor Got—, pero los depositarás en el océano, en el punto que te indiquemos y serán traídos hasta aquí por las galerías subacuáticas. Es importante que no os sigan, pero si lo hacen, que no puedan dar con este lugar.

Rebel y Zap-Zap acordaron llevar a cabo sus respectivas misiones, ambas difíciles.

Ya a solas con Zap-Zap, Rebel le dijo:

—Es necesario que pongamos el máximo de cuidado en que no nos



descubran, precisamente ahora que la cosmonave está casi construida.

—No nos descubrirán.

—Zap-Zap, hiciste bien en detener las acciones de sabotaje contra los TOT.

—Se celebró la asamblea y se decidió no llevar a cabo más sabotajes. Yo acepto lo que la asamblea aprueba democráticamente, pero si por mí fuera, haría la guerra total a los TOT.

—Y yo también, pero dadas las circunstancias en que nos hallamos, la perderíamos —dijo Rebel—. No tenemos un ejército ni armas adecuadas.

—Pero ya tenemos la cosmonave —dijo Zap-Zap.

—SÍ, pero es una cosmonave de transporte, con gran capacidad de radio de acción y posibilidades defensivas, pero no es intrínsecamente una cosmonave de combate.

—Tenemos con nosotros a los mejores científicos y técnicos en construcción de cosmonaves —dijo Zap-Zap—. Estoy seguro de que si entra en combate saldrá victoriosa.

—Frente a otra cosmonave del mismo volumen y carga puede ser, pero si tuviera que enfrentarse a una flota de cosmonaves de combate no habría ninguna posibilidad de supervivencia. Nuestro éxito se ha de basar en la alta velocidad que podemos alcanzar en el hiperespacio.

—Si nos persiguen daremos la cara —dijo Zap-Zap.

—Cuando llegue ese momento, si es que llega, ya veremos qué se decide. Todavía no se ha nombrado un comandante para esa cosmonave de la «Liberación» y el comandante, sea quien sea, será quien deba tomar la determinación cuando llegue el momento de la verdad.

—¿Piensas ser tú el comandante de la cosmonave de la «Liberación»? —le preguntó Zap-Zap directamente.

Rebel respondió:

—Si se decide que sea yo el comandante, me entregaré totalmente hasta dar mi vida si es preciso.

—¿Y si se decide que sea yo?

—Aceptaré la cesión y obedeceré como corresponde.

—Entonces confía en que yo haré lo mismo —le dijo Zap-Zap tendiéndole la mano.

Ambos amigos se estrecharon las manos amistosamente. Se hablaba de que había más individuos que tenían posibilidades de convertirse en comandantes de la cosmonave «Liberación», pero tanto Rebel como Zap-Zap sabían que sería uno de ellos dos el que iba a comandar aquella cosmonave, llevándola cargada de seres que buscaban la libertad en un planeta lejano que quizás no llegarían a alcanzar, pero arriesgarían sus vidas con tal de saltar al hiperespacio en busca de la libertad.

* * *

Miró a los tres hombres, eran dos wask y un latac como él. Luego Rebel miró a Heura, que había decidido acompañarles. Todos llevaban armas cortas y disponían de semicañones intermitent-Iáser de gran efectividad, que se llevaban bien colgados al hombro.

Lo que pesaba más era la batería de súperenergía que alimentaba a los semicañones portátiles. Estas baterías se colgaban de los hombros, portándose como mochilas.

—Iremos primero a la metrópoli, al suburbio del lago.

Una vez allí nos pondremos en contacto con un avenc llamado Nawon.

Los demás asintieron.

—Entonces en marcha. Hemos de conseguir nuestro objetivo, aunque nos vaya la vida en ello. Los TOT nos van a hacer la vida imposible.

Se introdujeron en el aerodeslizador. El profesor Got fue a despedirles.

—Suerte —les deseó.

—Nos hará falta —suspiró Heura.

—Asesinaron a mi hermano —dijo el profesor Got—, pero no quiero luchar contra las fuerzas imperiales. Creo que será suficiente con escapar y encontrar un nuevo planeta donde poder crear una

civilización en libertad.

—Lo conseguiremos —dijo Rebel. Heura abrazó al viejo profesor Got.

El aerodeslizador se dirigió hacia la salida y el profesor Got los vio desaparecer tras las compuertas de roca pura. El aerodeslizador avanzó por la amplia galería, que les condujo al lado norte de la montaña de los aullidos.

En aquellos momentos soplaba un viento casi huracanado que provenía del océano y se filtraba por los centenares de cavernas que tenía la solitaria montaña de los aullidos, y los aullidos podían oírse ahora a gran distancia. La alta montaña de color casi negro semejaba tener vida propia. Sus aullidos parecían proteger a los seres de distintas civilizaciones que ansiaban escapar a la opresión imperial en busca de la libertad.

Sabían que tenían que viajar buscando quebradas profundas, rocas y lugares abruptos donde los satélites artificiales de vigilancia no pudieran detectarlos con facilidad y si los detectaban, que los tomaran como a unos excursionistas o cazadores de crustáceos que proliferaban por aquella zona.

Heura vio a los cangrejos gigantes. El aerodeslizador se desplazaba a baja altura. apenas a cuatro palmos del suelo, y los cangrejos gigantes alargaban sus terribles pinzas tratando de atrapar el aparato.

—No temas —le dijo Rebel, viéndola nerviosa.

Las tenazas de los enormes cangrejos pasaron rozando la carrocería del aerodeslizador. Los crustáceos corrían de un lado a otro tratando de alcanzar el aerodeslizador con sus tenazas, lo cual no llegaban a conseguir debido a la velocidad de éste.

Zotar, uno de los wask que les acompañaban, tenía su arma lista para disparar.

Salieron de aquellos embalsamientos de aguas oceánicas y prosiguieron viaje en dirección a la gran metrópoli. Rebel sabía muy bien que tenía que dirigirse hacia el gigantesco basurero y una vez en él, encontrar el agujero de entrada, lo qué no iba a ser difícil, ya que el aerodeslizador llevaba un computador con memoria incorporada en el marcadirecciones del panel de mandos y señalaría el lugar exacto.

Se internaron en el inmenso basurero que nadie se preocupaba de reciclar y que, periódicamente, era calcinado por completo.

Por allí saltaban las ratas y acudían a él seres hambrientos, seres sin trabajo a los que ninguna institución daba nada para que pudieran sobrevivir. Muchos de ellos eran ya viejos, otros minusválidos por enfermedad o por accidentes de trabajo y nada recibían como compensación. Si querían sobrevivir debían convertirse en rivales de las repugnantes ratas.

El aerodeslizador embistió contra una montaña de basura como si quisiera enterrarse en ella, y desapareció bajo los montones de latas, paquetes podridos, restos de comestibles sintéticos que algunos no habían consumido, posiblemente por lo desagradable de su sabor.

El automático del vehículo les hizo circular por la galería que atravesaba el lago, bajo el fondo del mismo. De golpe la luz del monofaro fue reflectada casi con violencia.

Rebel anunció:

—Agua.

Heura se estremeció, mas nada malo les ocurrió. La galería se había inundado de agua en un tramo corto, lo peor hubiera sido que el derrumbe fuera de tierra y piedras.

El agua de las filtraciones que inundaba parte de aquel túnel secreto bajo el lago, lavó al aerodeslizador de los escombros.

Al fin el vehículo arribó a la gran sala oculta bajo las instalaciones chatarreras propiedad del profesor Got, si es que a aquel montón de chatarra se le podían llamar propiedad, entre otras cosas porque el suelo de los suburbios que rodeaban a las grandes metrópolis, según ley dictada por el propio emperador Shanninger, no tenía propietarios. Eran terrenos del Estado Imperial y, por tanto, podían ser desalojados sin indemnización alguna en cuanto él o alguno de sus subordinados lo ordenara.

Salieron del vehículo y pasaron al taller en el que se reciclaba la chatarra. Allí, el profesor Got convertía elementos de desguace en vehículos con autonomía propia.

No siempre le salían con un buen aspecto, pero había que admitir que aquellos vehículos funcionaban. Lógicamente, iban sin marca de fabricación y los utilizaban los seres de los suburbios hasta que la policía TOT se cansaba de verlos, los retenía y los mandaba a las fundiciones donde desaparecían por completo, sometidos a temperaturas de varios miles de grados.

—¿Qué hacemos? —preguntaron los wask.

—De momento vigilar este lugar. Aquí tenemos varios vehículos aerodeslizadores de los que podremos disponer para trasladamos adonde haga falta. Pondréis en marcha la T.T.V.

—¿Para qué? —preguntó Bennet, el otro latac que les acompañaba.

—Permaneced atentos a los noticieros por si los TOT informan de algo que nos pueda perjudicar. Debemos estar preparados en contra de lo que nos puedan hacer, desde el emperador Shanninger al general Blackyon, pasando por el mayor Parrot o sus esbirros.

—¿Tú te vas? —preguntó Zotar.

Heura y yo iremos en busca de nuestro contacto. Llevaremos armas, aunque nos pondremos casacas civiles para disimularlas. Tenemos telecomunicadores y permaneceremos todos en contacto por si sucede algo. Ya lo sabéis, si descubren que estamos terminando la cosmonave de la «Liberación» en las entrañas de la montaña de los aullidos, la destruirán y a nosotros también.

Uno de los wask masculló:

—No nos cogerán vivos.

—A mí tampoco —añadió Bennet, mostrando su arma dispuesto a usarla sí eran atacados por los implacables TOT.

Heura y Rebel se vistieron con casacas que ocultaban las armas que llevaban consigo. Después se hicieron con un aerodeslizador de serie, reparado por enésima vez, un vehículo utilitario que haría sonreír a los que pilotaban un último modelo, aunque lo que éstos ignoraban es que bajo la tapa de motores había elementos que no pertenecían a aquel tipo de vehículos y la velocidad que podían desarrollar era diez veces superior a la que se le suponía, pues aquellos motores habían sido arrancados de cosmolanzaderas en reparaciones.

—Sube, Heura. —Se volvió hacia los demás y pidió—: No os mováis de aquí, tened listos los aerodeslizadores por si os llamo. Ah, podéis montar los semicañones en los aerodeslizadores para emplearlos sobre la marcha si tenemos problemas.

—Haremos un buen trabajo con los semicañones —aceptó el wask Zotar.

Se alejaron a bordo del vehículo de aspecto utilitario, medio despintado y con algunas abolladuras propias de no haberle funcionado bien los automáticos de control de obstáculos.

—¿Qué opinas, Heura? —preguntó Rebel mientras pilotaba personalmente el vehículo a marcha lenta, filtrándose entre las chabolas que eran restos de fuselajes.

—No sabía que el proyecto estuviera tan avanzado —comentó Heura.

—Pues ya ves. Si Zap-Zap y su equipo y también nosotros conseguimos lo que se nos ha pedido, la cosmonave podrá despegar y abandonaremos el imperio de la esclavitud.

—Pero sólo nos salvaremos unos cientos —observó Heura—. Y el imperio de las Civilizaciones Unidas lo componemos muchos millones de seres.

—Cierto, pero éste será el primer paso para la desintegración del imperio de Shanninger y sus esbirros. Hemos preparado docenas de emisores automáticos que lanzarán nuestro mensaje en todas direcciones cuando hayamos conseguido escapar.

—¿Emisores automáticos?

—Sí, ya sabemos que las autoridades les llaman panfletarios. Aseguran que todo es mentira, pero el pueblo oprimido de las distintas civilizaciones a quien no creerá será a ellos. Tenemos unos mensajes grabados, que serán lanzados a las ondas para las pantallas de T.T.V. En ellos apareceremos unos cuantos miembros del proyecto «Liberación» dando nuestros nombres y con dibujos animados se explica claramente cuál ha sido el camino seguido para escapar a la esclavitud. Les invitaremos a todos a rebelarse, aunque en pacifismo activo.

—¿Y si no secundan nuestro ejemplo?

—Nadie podrá obligarles a hacerlo, cada cual es libre de su futuro. El que no quiera luchar por su libertad, allá él.

Heura admiró a Rebel que no buscaba derramar sangre, aunque al mismo tiempo estaba dispuesto a luchar como una fiera si le atacaban.

Zap-Zap era más belicista que Rebel y le gustaba atacar a los que consideraba sus mortales enemigos, pero Rebel sabía que aquella lucha cruenta no conducía más que a que se siguiera derramando

sangre en un futuro que no tenía fin.

El pueblo del imperio de las Civilizaciones Unidas, compuesto por una amalgama de civilizaciones contradictorias entre sí por su aspecto físico o su forma de pensar, no conseguiría crear un ejército regular con el que poder enfrentarse a Shanninger y a sus divisiones armadas.

Los agentes TOT y los guerreros de las milicias espaciales eran ya una raza aparte, que no se mezclaba con el resto del pueblo.

—Cuidado, ahí hay un control TOT —advirtió Heura. Rabel puso atención en el pilotaje de su vehículo aerodesIizador. Pulsó un botón y por las rejillas de motores el vehículo desprendió un tufillo a aceites quemados.

—Alto —les ordenó un oficial de control mientras los demás agentes les encañonaban con sus armas.

—Nos hemos aparejado y vamos a divertimos un poco, aunque no sé si con este cacharro llegaremos muy lejos —les dijo Rebel con desparpajo.

El oficial exigió:

—Poned las manos en los sensores.

Pusieron al alcance de sus manos las placas sobre las que colocaron sus manos. Al poco se encendían los pilotos verdes, lo que indicaba que ellos no eran buscados. No pesaba sobre sus cabezas orden de búsqueda y captura.

—Está bien, seguir —ordenó el oficial.

Rebel cerró la ventanilla. Prosiguió el avance y el tufillo a aceites quemados se hizo más intenso.

Un suboficial, que tenía entre sus manos un fusil polivalente, opinó:

—Con ese trasto de vehículo no llegarán muy lejos.

—Es posible; pero hay algo que…

—¿Alguna sospecha? —preguntó el suboficial a su superior jerárquico.

—No sé, tengo la impresión de que ese latac se estaba riendo de nosotros.

—¿Quiere que lo detengamos?

—No, no hace falta, tenemos su filiación y también la del vehículo. Si ocurre algo, un aeróptero de nuestras fuerzas no tardará en darle alcance.

—¿Crees que nos perseguirán? —preguntó Heura a su compañero.

—No, están demasiado seguros de su poder.

Rebel aumentó la velocidad para alejarse de los TOT mientras quitaba el olor de aceite quemado presionando un botón. Rebel se dijo que aquella estratagema había sido una excelente idea por parte del profesor Got.

CAPÍTULO VII

Rebel estacionó el vehículo en el gigantesco estacionamiento subterráneo del macro-pub. Aquél era un centro de ocio donde se podía encontrar toda clase de juego y placeres.

La polícía TOT hacía un poco la vista gorda en aquel centro y en otros similares, donde solían producirse peleas que los vigilantes privados se encargaban de cortar por la vía «dura».

Aquellos centros de ocio, adonde acudían los ricos y también los desheredados para jugarse sus últimas monedas en busca de la fortuna que les arrancase de la miseria, proporcionaban suculentos beneficios, parte de los cuales iban a parar a manos de los jerarcas de la policía TOT.

—¿Estará aquí Nawon? —preguntó Heura.

—Aquí tenemos que encontrarlo, si es que podemos dar con él. Para mí, un avenc me parece igual que otro avenc.

Dejaron el vehículo estacionado junto a otros aerodeslizadores lujosos.

—Parece que arriba hay tipos con mucho poder económico —observó Heura.

—Sí, en las grandes familias todopoderosas hay tipos que viven la gran vida. Pueden jugar y conseguir todos los placeres sin que jamás hayan de trabajar, mientras otros seres mueren explotados en el trabajo y otros no lo encuentran.

Se introdujeron en el ascensor que les llevó a la planta Cero, después de rebasar cinco plantas de estacionamiento donde había vehículos aparcados por cientos.

Al cruzar la puerta que les daba acceso al macro-pub se sumergieron en una atmósfera musical muy penetrante, que salía de un video TTV con imágenes holográficas donde se podían ver músicos, varios danzarines y cantantes de la civilización erasmo.

El local era muy grande. Tenía siete largos mostradores y decenas y decenas de mesas con pequeños sofás, todo hecho en medios círculos. Se oían voces, carcajadas, cuchicheos. Allí había seres de las nueve civilizaciones.

Se levantó una tapita en el centro de la mesa y una voz que salía por un diminuto altavoz, preguntó:

—¿Qué vais a tomar?

—¿Qué quieres tú? —preguntó Rebel a Heura.

—Un batido espúreo de flores naturales.

—De acuerdo, y yo un espumoso de raíces con hielo.

Al poco se abría una tapa en el techo. Gracias a la sujeción de un brazo telescópico descendió una bandeja con lo que habían pedido. El brazo desapareció y ellos quedaron servidos.

—Toda esta gente no lucha por la libertad —observó Heura.

—La mayoría están embrutecidos. No se dan cuenta de las cantidades exorbitantes de impuestos que pagan.

De pronto, dos seres, un avenc y un wask, se pusieron a discutir. El wask, más fuerte, golpeó al avenc, tumbándolo.

—¿Es él? —inquirió Heura.

—No lo sé.

Aparecieron los vigilantes del recinto. Golpearon con sus armas a los que habían peleado y los sacaron a rastras del local donde los demás, sin dar importancia a lo sucedido, prosiguieron en sus conversaciones.

Después de observar un rato en torno. Rebel bebió la mitad de la consumición y le pidió a Heura:

—Espérame aquí.

—¿Adónde vas?

—Al mostrador, ahora vuelvo.

Heura no le perdió de vista. Rebel fue hacia uno de los mostradores y se acercó a una hermosa hembra avenc, que hacía oscilar sus caderas al compás de la música mientras esperaba que alguien la invitara.

Miró al latac cuando éste se colocó a su lado y volvió la cabeza.

Sabía que las avenc no gustaban a los latac ni aun para divertirse, dejando aparte que el esperma de los latac no podía fructificar en las hembras avenc, ya que entre ambos existían muchas diferencias físicas, y por tanto las reproducción era imposible, aunque se

consideraba que eran igualmente inteligentes.

—Oye, busco a un amigo.

—¿Ah, sí? —preguntó la avenc con sus enormes ojos redondos, capaces de ver en las tinieblas y que ahora se veían húmedos y brillantes, quizás porque se había pulverizado con algún abrillantador ocular.

—No, a uno de tu raza. Tengo un negocio con él.

—Puede que ese socio que buscas sea uno de mis amigos.

—Toma lo que quieras —le dijo Rebel poniendo una moneda sobre el mostrador.

—Y para luego, ¿qué? —preguntó ella, dispuesta a sacarle más.

Rebel torció el gesto, pero puso otra brillante moneda sobre el mostrador.

—Ya tienes para mañana. Ahora dame informes.

—Oh, sí, claro —asintió ella, cogiendo la moneda y dejándola caer por el interior de la alta caña de sus botas—. ¿Cómo se llama mi amigo, o tu socio, que es lo mismo? —Nawon.

—¿Nawon?

—Sí, Nawon —repitió RebeL haciéndose oír por encima de la música, que ahora, con un nuevo conjunto musical, había aumentado en decibelios.

—Es un tipo muy delgado, con cara de idiota, ¿verdad?

—Puede.

—Le conozco.

—¿Dónde está?

—Es un vicioso de las tragaperras, suele estar en el piso de arriba.

—Todos los avenc siempre me habéis parecido iguales. ¿Cómo puedo identificarlo?

Coqueta, la chica avenc preguntó:

—Oye, no te lo irás a cargar, ¿verdad?

—No, claro.

—Es que me he dado cuenta de que llevas un desintegrador en la axila.

—Es por si los TOT.

—Ah, los TOT, menudos perros. No hace mucho me dieron una paliza que tuvieron que llevarme al hospital y allí se quedaron mis ahorros curándome dos costillas rotas.

Rebel le mostró otra moneda que puso a la altura de sus ojos.

—¿Me llevas hasta Nawon? —preguntó.

—De acuerdo, encanto. Si no fueras un latac te llevaría al flexible, lo pasaríamos muy bien.

Rebel se volvió hacia Heura y, a distancia, le hizo un gesto con la mano. Esta se levantó del pequeño sofá y se acercó a Rebel.

—Ah, ya tienes pareja —observó la avenc, calibrando con sus grandes ojos la belleza física de la muchacha latac que era Heura.

Por una rampa ascendieron a la planta de las tragaperras, donde cientos de máquinas dejaban escapar estremecedores silbidos y acariciantes musiquillas.

Aquí y allá podían oírse cascadas de monedas cayendo dentro de la caja metálica, pero Rebel sabía que allí sólo se iba a tirar el dinero.

Las musiquillas, el ruido de las monedas y las luces de colores aturdían, y lo que en unos momentos parecía haberse ganado, luego se perdía y las sonrisas se trastocaban en muecas de amargura y decepción.

—Aquél de allá, de la última máquina.

—Gracias —le dijo Rebel.

Dejaron atrás a la chica «gancho» y se aproximaron a Nawon.

Este ni les oyó llegar. Miraba obsesionado las luces multicolores de la máquina como si estuviera hipnotizado o como si esperase que de un momento a otro comenzara a escupir la alegría metálica de las

monedas.

Rebel alargó su mano. La pasó por encima del hombro de Nawon e introdujo la moneda en la ranura de la máquina. Golpeó un par de botones, uno rojo y otro azul, y se multiplicaron las luces fulgurantes.

Salieron guarismos por toda la pantalla. Nawon miró aquellas luces, ahora verdaderamente alucinado, y de pronto las monedas cayeron en el recogedor, en una cantidad que agrandó más si cabe los ojos de avenc, el cual volvió su rostro hacia Rebel.

—Hola —le dijo Rebel, y alargó sus manos para coger las monedas que le habían correspondido en suerte.

—¿Me das una para probar? —preguntó Nawon.

—Oh, sí, claro —le dijo Rebel, entregándole una moneda y quedándose con las demás.

Nawon miró con rabia la máquina que se había mostrado esquiva hasta quitarle su última moneda y se acercó a otra. Introdujo la moneda en la ranura, golpeó dos botones y aguardó a que sonara la música celestial, pero ésta no sonó y sus hombros semejaron hundirse más.

—Tú eres Nawon, ¿verdad?

—Sí.

—Anda, vamos, tenemos que hablar.

—¿Quién eres tú?

—Rebel.

—No te conozco.

—Proyecto «Liberación».

Nawon casi desorbitó sus ojos. Después, miró receloso en derredor.

—Vamos —le pidió Rebel, cogiéndole por el brazo.

Le llevó hasta un mostrador, la música sonaba allí muy fuerte. Heura estaba con ellos. Rebel le habló bajo, al oído, y por suerte para él lo hizo en el oído opuesto adonde estaba inserto el microemisor que los TOT le habían metido en la cabeza a Nawon sin que éste lo supiera.

—Me han dicho que tú sabes dónde podemos encontrar un cartucho doble de maragdita ochocientos noventa y tres.

Nawon le miró preocupado y luego observó en derredor como temiendo ser oído. Nawon asintió con la cabeza.

— Vamos, hay prisa.

Sin que ellos lo supieran, en el centro de los TOT, el mismísimo mayor Parrot había estado escuchando lo que captaba su receptor, salido del emisor introducido en el cráneo del avenc.

El Parrot se molestó porque oía música y no palabras. Se oía un murmullo lejano, indescifrable, que llegaba a través de los huesos del cráneo y de éste al microemisor, pero la música se imponía a las palabras y el mayor Parrot irritado dio un puñetazo sobre la mesa.

Abrió un micrófono y dijo:

—Orden de seguimiento.

Las palabras «proyecto Liberación» penetraron en la mente del mayor Parrot como un metal candente. Tenía que entregar resultados rápidos al general Blackyon y el mayor Parrot era malo en las esperas: él era un ente de acción rápida que no se andaba con sutilezas.

En el centro de ocio, cuando ya abandonaban las salas para dirigirse a los estacionamientos del subsuelo, apareció una patrulla de la policía TOT, lo que era algo anormal dentro del centro, ya que era costumbre que los asuntos pendencieros los solventara la vigilancia privada que, con complacencia de las autoridades, actuaba con brutalidad.

Nawon, que ya había pasado por la tortura de los interrogatorios, su instinto natural o quizás el instinto entrenad, les hizo correr hacia él.

—Quietos —exigió Rebel, mostrándoles su arma.

Uno de los agentes TOT disparó su arma reglamentaria cuando ya Rebel había cambiado de posición.

El infernal rayo rebotó contra la pared, dejándola marcada por la elevadísima temperatura. Heura gritó y se intercambiaron más disparos.

Rebel disparó contra los agentes que le disparaban a su vez, al tiempo que se metían en el ascensor que les bajó hacia el estacionamiento.

—Por poco nos fríen —suspiró Heura, casi sin aliento.

—Sí, un mal encuentro, y lo malo es que ese Nawon se ha marchado corriendo como una liebre.

—¡Nawon! —gritaba al rebasar cada planta, pues el elevador no tenía puertas.

—¿Qué haremos ahora?

—No lo sé, pero si perdemos a Nawon se nos van a complicar las cosas. Los TOT están alertados.

—¿Y si nos capturan? —inquirió Heura, estremeciéndose.

—Es mejor que no nos capturen.

—¿Crees que es preferible morir?

—No vamos a morir, pero no dejaremos que nos atrapen.

—Volvió a gritar—: ¡Nawon!

Llegaron a la quinta planta del subsuelo y descendieron del elevador. Podían ver vehículos por todas partes, pero allí no se veía a nadie vivo.

—Vamos al aerodeslizador.

—¿Abandonamos aquí a Nawon? —preguntó ella.

—No.

—¿Entonces?

—Lo buscaremos. Sí no ha bajado en el ascensor estará en las plantas superiores.

Subieron al aerodeslizador llevando los cristales bajados, lentamente, se dirigieron hacia la rampa de caracol.

—¡Nawon! —llamaba Rebel de vez en cuando. Heura, muy preocupada, observó:

—Los TOT nos están esperando arriba.

—Es posible. Tendremos que salir a gran velocidad, si es que lo

conseguimos. Hemos tumbado a tres agentes TOT; de un instante a otro la puerta de salida será un avispero de fuerzas TOT.

De pronto Nawon apareció por entre unos vehículos; estaba muy asustado.

—¡Ahí lo tenemos! —exclamó Heura.

El ser avenc miró hacia todas partes, lleno de temor. Sabía que cuando a alguien se le encarcelaba por subversivo y era reincidente corría muchos riesgos de morir en medio de horribles torturas.

Se había corrido la voz sobre los tormentos y ejecuciones llevadas a cabo en las cárceles del imperio.

—¡Vamos, sube pronto! —le ordenó Rebel.

Nawon se internó en el vehículo y cuando éste reanudó su marcha, ascendiendo por la rampa de caracol, sobre la que se deslizaban a una altura de dos palmos sobre el colchón de energía antigravitatorio, Nawon preguntó:

—¿Y los TOT?

—Por arriba andan.

—¿Ha muerto alguno?

—Creemos que varios —dijo Heura.

—Nos matarán, nos matarán a todos —farfulló el avenc de piel negra y ojos muy grandes, capaces de ver en la oscuridad.

—Todavía no nos han eliminado —le replicó Rebel—. Llevamos esto.

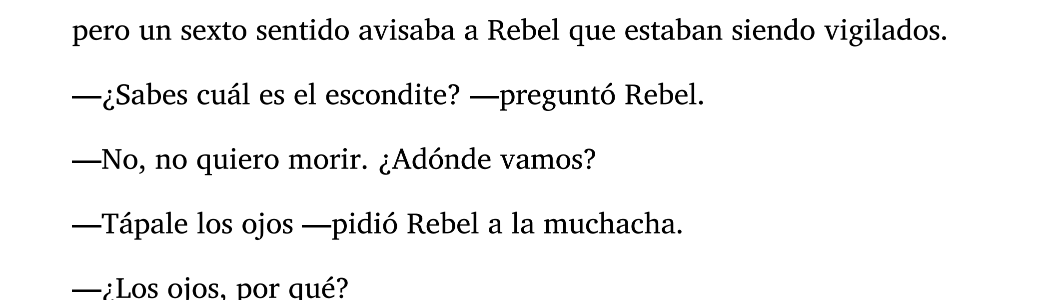
Le mostró su arma y Heura hizo lo propio con la suya. Cuando salieron del estacionamiento Rebel tenía el pie listo sobre el acelerador, dispuesto a sorprender a todos con su gran velocidad; mas no hizo falta.

—No hay nadie —señaló Heura.

—Estarán escondidos, son muy tenaces —opinó el avenc.

—Sí, es muy extraño —admitió Rebel, sin dejar de mirar en derredor.

Salieron del área del centro de ocio sin que nadie les cortara el paso;



pero un sexto sentido avisaba a Rebel que estaban siendo vigilados.

—¿Sabes cuál es el escondite? —preguntó Rebel.

—No, no quiero morir. ¿Adónde vamos?

—Tápale los ojos —pidió Rebel a la muchacha.

—¿Los ojos, por qué?

—Por si te preguntan, así no podrás decir nada. Es mejor para tu piel. Nawon —le dijo Rebel.

Antes de que le dejaran fuera del vehículo, expuesto a ser detenido nuevamente, aceptó que le cubrieran los ojos con un pañuelo.

Rebel comenzó a circular por la metrópoli. Subió a los elevados viaductos que cruzaban la ciudad como arcos sin columnas de sostén, gigantescos y largísimos arcos que lo que hacían era señalar caminos, ya que los aerodeslizadores no se posaban sobre ellos, sino que se deslizaban sin tocarlos a algo más de dos palmos de altura. Aquellos vehículos carecían totalmente de ruedas y flotaban sobre un colchón antigravitatorio.

—Me tiraría de cabeza abajo —dijo Nawon, cuando se hallaban en lo alto de un viaducto.

—Heura, tápale bien los ojos, que éste ve.

—Ah, claro que ve: si no ¿cómo sabe que estamos en los viaductos?

Rebel miraba en todas direcciones y tuvo la impresión de ver siempre a distancia vehículos de vigilancia y también dos aerópteros que se desplazaban por el cielo y que le pareció que se turnaban.

—Maldita sea, nos están vigilando.

—¡Que no os vean, imbéciles! —rugió con voz dura y gutural el mayor Parrot, dando otro puñetazo sobre la mesa, mientras en una pantalla podía ver al vehículo seguido.

Rebel observó que los aerópteros se alejaban.

—¿ Vamos a la guarida? —preguntó Heura.

—No digas nada revelador, tengo la impresión de que nos están oyendo.

—¿Cómo? No es posible —objetó Heura.

—Pueden tener enfocados cañones de absorción de sonido, o quién sabe qué artilugio están utilizando, pero tengo la impresión de que somos seguidos.

—¿Qué haremos?

—Volveremos al centro de ocio y después iremos al otro lado del lago.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

Rebel hizo todo lo contrario de lo que acababa de decir, pero no aumentó la velocidad hasta que circuló entre edificaciones donde a los aerópteros les era más difícil que les pudieran seguir a gran velocidad.

Logró internarse en el suburbio del lago y, cuando ya se hacía de noche, circuló a derecha e izquierda, dando vueltas y más vueltas en medio de grandes masas de chatarra con forma de chabolas.

Al fin se introdujo en el hangar del profesor Got, donde les estaban aguardando los demás miembros del comando.

— Ya estamos, pero controlad las palabras —advirtió Rebel que no se sentía seguro.

Heura preguntó:

—¿Crees que nos habrán seguido hasta aquí?

—Creo que no, pero es posible que consigan descubrir este escondite. La policía dispone de varios satélites artificiales para seguimientos.

—¿Puedo quitarme el pañuelo? —preguntó Nawon.

—Sí, tú no eres nuestro enemigo sino nuestro amigo. Tú formas parte del proyecto «Liberación».

—Sí, pero yo sé muy poco. Me prometieron escapar del imperio si colaboraba, aunque no confío en que nadie pueda escapar al imperio ni a su policía TOT.

—Escaparemos —dijo Rebel, convencido—. El proyecto está ya muy avanzado. Ahora se acabaron las palabras.

—¿Qué? —preguntó Nawon.

Rebel fue en busca de un rotulador y luego escribió sobre una plancha limpia:

«NOS COMUNICAREMOS POR ESCRITO POR SI ALGUIEN NOS ESCUCHA».

Todos asintieron con la cabeza.

En su cuartel general, el mayor Parrot volvió a dar otro puñetazo sobre la mesa. furioso.

—¡Que los busquen! —gritó, apartándose de la pantalla.

Acababa de decir que él mismo llevaría a cabo aquel seguimiento—. No se me escaparán —gruñó para sí mientras sus ojos, casi blancos, parecían cargados de electricidad y relampagueaban.

CAPÍTULO VIII

Parecían un grupo de mudos. Rebel estaba convencido de que la policía TOT les podía oír, aunque no sabía cómo ni por qué medios.

—¿Dónde hay cartuchos de maragdita ochocientos noventa y tres? —preguntó Rebel por escrito.

—En un almacén de las fuerzas milicianas del espacio.

Todos torcieron el gesto. Era lógico que las cosmonaves de alta velocidad y gran radio de acción de la milicia imperial consumieran en sus reactores de propulsión la, hasta aquel momento, inigualable maragdita 893, pero el que estuviera guardada dentro de los almacenes de la milicia la convertía en inasequible.

—¿Hay posibilidades de apoderarse de ella? —escribió de nuevo en la pizarra blanca que había preparado para aquella conversación en la que el mayor Parrot no podía participar como oyente.

Nawon borró la anterior pregunta y puso su lacónica respuesta:

—Sí.

Los rostros de quienes le rodeaban se animaron.

—¿Cómo?

Nawon dibujó un burdo mapa y señaló las instalaciones militares. La colocación de los almacenes y los puntos de vigilancia más peligrosos.

Lo cierto era que las fuerzas espaciales del imperio sólo temían ataques esporádicos de algún que otro saboteador; no temían en absoluto el ataque de fuerzas enemigas, entre otras cosas porque no había enemigo organizado en la galaxia que pudiera hacer les la guerra.

—¿Crees que se podrá entrar por aquí? —preguntó Rebel, mostrándole un posible camino que les ofrecería el obstáculo de las alambradas.

—No.

—¿Por dónde, entonces?

Nawon señaló un punto y a partir de ahí, comenzaron a preparar el plan de acción.

Todos sabían que podían morir en el asalto a los almacenes de las fuerzas imperiales del espacio. Allí se almacenaban los cartuchos de maragdita 893 necesarios para los reactores de las cosmonaves que pretendían saltar al hiperespacio para adquirir grandes velocidades y llegar a los confines de la galaxia.

No era fácil conseguir sus propósitos, pero tratarían de obtener la maragdita 893, imprescindible para la cosmonave «*Liberación*».

Rebel cogió el rotulador y escribió de nuevo:

—Saldremos de madrugada. Hay que comer y descansar. Todos asintieron con la cabeza. Nawon buscó un catre donde dormir.

—¿Te fías de Nawon? —preguntó Heura en un susurro al oído de Rebel.

—Sí, creo que sí, aunque no es prudente confiarse totalmente. Hay algo extraño en ese avena, es como si estuviera atontado.

—Estuvo encerrado, ¿verdad?

—Eso creo.

—Tú también, y no has salido atontado de la cárcel.

—Depende de las torturas a que te sometan y la capacidad de resistencia que tengas.

Prepararon comida con lo que pudieron encontrar dentro de un frigorífico que el profesor Got tenía en aquel reducto.

Dejaron que la noche cayera sobre el gran suburbio del lago, donde las chabolas hechas con trozos de naves de desguace parecían rechinar menos. Allí, la noche tenía su propia vida.

Algunos seres salían en la oscuridad a ver qué conseguían.

Las fuerzas policiales abandonaban aquellos suburbios durante la noche por ser considerados inseguros y se replegaban en torno a los edificios imperiales y las mansiones de las grandes familias, para que no fueran asaltadas por los seres que se adueñaban de la noche, ya que durante el día eran aplastados por el opresor aparato imperial.

—¿Crees que todo saldrá bien? —preguntó Heura.

—Esperemos que sí.

—¿Quieres que nos acerquemos al lago?

—¿Al lago, ahora?

—Sí, ¿por qué no?

—El suburbio del lago es muy peligroso durante la noche, pero será muy agradable dar un paseo contigo.

—¿Piensas que ésta puede ser nuestra última noche en el mundo de los vivos?

—No quiero asustarte, pero es cierto que tenemos muchas posibilidades de que nos maten.

—No dejaremos que nos exterminen —dijo la joven con vehemencia —. El proyecto «Liberación» necesita la maragdita ochocientos noventa y tres, es imprescindible para que un puñado de seres partan hacia la libertad, hacia un mundo nuevo.

—El proyecto «Liberación» es la punta de lanza en la lucha por la

libertad, una libertad que no queremos conseguir con una masacre general. Sé que muchos prefieren la lucha contra las fuerzas imperiales, especialmente los wask, pero eso sólo sería el camino del terror.

—Sé que tú y la mayoría de los latac escogéis la libertad evitando el derramamiento de sangre, aunque en algunas ocasiones será inevitable, pero ¿crees que entenderán esta forma de lucha contra el tirano emperador?

—Creo que sí. El emperador será el primero en darse cuenta de que los pueblos de las Civilizaciones Unidas tratan de escapar como sea, aun arriesgando sus vidas. Lo que va a ser peor para el emperador es que todos los seres de las civilizaciones se van a enterar de lo que ocurra. Será el grito de rebeldía que pondrá en pie a todas las civilizaciones sometidas.

—¿Crees que podrán hacer algo semejante al proyecto «Liberación»?

—No lo sé. Lo importante es que podamos crear un mundo nuevo donde ya no haya más tiranos.

Heura aceptó salir del refugio. Aquella noche había dos espléndidas lunas. La tercera apenas se veía, quedaba casi caída sobre el horizonte, por el Este.

Avanzaron entre las chabolas del suburbio. Rebel parecía conocer muy bien los caminos, y de este mpdo llegaron a la orilla del lago, un lago grande que incluso tenía un ligero oleaje gracias a la influencia de las tres lunas naturales del planeta.

Se sentaron sobre la arena y Rebel la cogió de la mano.

Ella se sintió complacida.

Las aguas del lago, que en la noche oscurecían, brillaban como salpicadas de polvo de estrellas.

Sabían que no podían bañarse con tranquilidad en aquellas aguas que estaban contaminadas. Las autoridades no invertían dinero para evitar la contaminación que afectaba especialmente a las zonas suburbiales.

—¿Por qué hemos llegado a esto, Rebel?

—¿Te refieres a la degradación de este planeta y los demás que componen lo que se ha dado en llamar el imperio?

—Sí.

—Porque unos seres se han querido imponer sobre todos los demás. Utilizando las armas, han implantado un sistema de Estado y un poderoso aparato policial y de fuerzas milicianas para someter a todas las demás civilizaciones, y sólo se han preocupado de apoderarse de todas las riquezas, de explotar a los que consideran súbditos. Nada han querido saber de preservar la naturaleza de los distintos planetas. Los océanos se contaminan, los cielos se enrarecen. Los bosques han ido desapareciendo, pero a ellos no les importa porque tienen sus mansiones ajardinadas, con invernaderos sofisticados, pese a que cuidar todos esos jardines es diez mil veces más caro que un jardín natural de la misma extensión. Están matando la vida en estos planetas. Sólo cabe huir a otra parte y fundar una civilización nueva, pero que vaya con la carga de la experiencia de lo sucedido en este maldito imperio de las Civilizaciones Unidas, para que semejante desastre no se repita en ningún otro planeta de la galaxia ni de las otras galaxias hermanas. Shanninger sólo ve su palacio, su entorno y algunos santuarios salvajes adonde únicamente él y sus invitados tienen acceso. El resto del planeta no le importa en absoluto.

—Qué triste que unas civilizaciones que han alcanzado tan alta tecnología mueran degradadas en sí mismas.

—Sí, podridas, aunque todavía podríamos salvar las civilizaciones.

—¿Cómo?

Rebel la rodeó por la cintura y Heura se dejó atraer hacía el hombre.

Le agradó sentir el abrazo nervudo en su cintura y como sus pechos cedían bajo la presión del cuerpo masculino. Sus bocas se encontraron en la noche bajo los reflejos del reverberante lago, que podía haber sido conservado en su total belleza original pero que se hallaba degradado por la codicia de los entes dominantes de aquel imperio.

—Rebel...

—¿Sí? —preguntó él, notando el sabor, la humedad de los labios femeninos entre los suyos.

No era aquél el mejor lugar para amar. El peligro les rodeaba, las emboscadas, la miseria del suburbio del lago les acechaba.

Rebel abrió las ropas de Heura y la complació y se complació a sí mismo al acariciar su cuerpo y notar los senos de la mujer entre sus

manos.

Los ojos de Heura brillaban como las aguas del lago en la noche. Toda ella se sintió mujer, hembra, ansiosa de caricias. La arena se removió bajo su espalda y gozó la fuerza de Rebel, que se adentró en ella y la hizo vibrar hasta olvidarse de los riesgos que corrían, de las cárceles, del tirano.

Las dos grandes lunas se le antojaron sendos ojos en el firmamento, por encima de la cabeza del hombre. Gimió suavemente, relajando su cuerpo y sintiéndose feliz por encima de todos los peligros y las miserias de un imperio que sólo creaba riqueza y bienestar para unos pocos.

—No te muevas —susurró Rebel al oído de Heura, que continuaba sobre la arena, junto a una roca.

—Ella abrió mucho los ojos y reveló inquietud.

—Estamos cercados —musitó él.

—¿Qué?

Apresuradamente, la mujer ajustó sus ropas, ocultando aquel cuerpo que había entregado al hombre, mientras éste empuñaba la pistola supra-ultrasonic cuando apareció un ente de la noche. Era un avenc alto y corpulento, armado con una especie de lanza que debía haberse fabricado con cualquier hierro de desguace, pues lo difícil era conseguir armas efectivas.

Rebel no dudó en disparar a los pies del avenc. La arena se levantó como una nube, cegándolo y haciéndolo gritar. Rebel había evitado dispararle directamente para no matarlo.

Tras el grito del sorprendido avenc que ahora se hallaba en el suelo, frotándose sus enormes ojos, pues la arena se los había afectado, aparecieron otros entes de los suburbios, seres de diversas civilizaciones que la miseria en que habían nacido y en la que se vieran obligados a sobrevivir había convertido en una especie de ratas de los basureros.

Rebel hizo más disparos y vio saltar por los aires a los atacantes, que sin duda querían asesinarlos para robarles cuanto llevaran encima. Heura, si era atrapada, quizás iba a pasarlo peor.

La policía TOT, que en aquellas peleas nocturnas de los suburbios no

intervenía, no se hallaba cerca de ellos.

—¡Rebel! —gritó Heura cuando un wask le saltó encima, sujetándola.

Rebel disparó contra él. No había tiempo para apuntar y la cabeza de aquel ente desesperado, convertido en fiera salvaje de los suburbios, estalló.

—¡Vamos, Heura! —gritó Rebel.

Corrieron entre las chabolas. Atrás, aullando, quedaron los que no habían muerto en el ataque.

Se sintieron perseguidos por otros. Aquella banda debía tener varias docenas de seres y podían dar gracias a que ninguno de ellos tenía pistola ni armas similares, pero sí lanzaban hierros y objetos contundentes.

Uno de ello hizo encorvar el cuerpo de Rebel, pues le golpeó en el omóplato izquierdo, causándole un vivo dolor.

Cuando llegaron al refugio ya los habían perdido de vista. Rebel cerró la puerta y luego se apoyó sobre una pared; allí apenas había luz y los demás miembros del comando dormían.

—Rebel, Rebel, ¿estás herido? —inquirió Heura angustiada.

CAPÍTULO IX

Rebel se hallaba tendido sobre el catre, boca abajo, desnudo hasta la cintura, mostrando su musculada espalda. En el borde del omóplato tenía una herida abierta, y en torno a ella un gran cardenal de un palmo de largo.

—¿Te duele mucho? —preguntó Heura.

—Un poco, pero pasará.

Bennel, que observaba a escasa distancia, preguntó:

—¿Crees que estás en circunstancias de bajar?

—Por todos los meteoros de la galaxia, Bennel, iré aunque tenga que descender hasta el centro del planeta.

—¿Y si hay peligro y no puedes moverte? —preguntó Heura muy preocupada, mientras le curaba la herida.

—Aunque sea para cubrir vuestra retaguardia, si caigo serviré. Soy el que dirige la operación, no seré ningún obstáculo.

Con un soldador láser. Heura cerró la herida abierta tras impregnarla de un antiséptico. Sabía que le dolería, pero podría aguantar. No habría hemorragias, ya que no había heridas profundas ni rotura de venas.

—Hazme una pulverización de anestésico local. Por lo menos, si me disparan no lo notaré.

—¿Cuándo salimos? —preguntó el avenc Nawon.

—Ahora mismo. Coged las armas y los vehículos. Tú, Bennel, irás con Nawon, pero no habléis nada. No sé por qué infernal cometa tengo la impresión de que nos están escuchando.

Heura pulverizó con anestésico toda la parte de la espalda herida de Rebel. Luego posó un beso largo y apoyó su mejilla contra la cálida piel del hombre. Rebel estiró sus manos hacia atrás y encontró el cuerpo femenino.

—No temas, todo saldrá bien.

—Ahora no quiero morir, Rebel.

—Yo tampoco, pero no sería vivir continuar bajo la bota torturadora de la tiranía del emperador mariscal Shanninger, que ojalá se desintegre.

Se cubrió con la camisa y la casaca que ocultó sus armas. Se repartieron entre tres aerodeslizadores e iniciaron la marcha, separándose. Tal como habían previsto, irían hacia el mismo objetivo por caminos distintos.

Los aerodeslizadores se alejaron de entre las montañas de chatarra convertidas en chabolas en el suburbio del lago. En uno de los aerodeslizadores iban los dos wask, en el otro Bennet y el avenc Nawon y en el tercero viajaban Heura y Rebel. Este había escogido el camino más largo, pero a su vez llevaba el vehículo más rápido.

—Mira las mansiones de los hegemónicos —señaló Rebel a Heura.

Los hegemónicos eras las ricas familias que medraban alrededor del emperador para hacerse con el máximo de prebendas.

Las mansiones eran verdaderos palacios, algunos de ellos flotantes. Otros se hallaban muy en alto, sobre grandes pilares de rutilante metal inalterable a todos los meteoros atmosféricos y viaductos elevados ascendían hacia ellos.

Aquellos palacios brillaban en la noche. No eran mansiones de leyenda, eran realidades donde el lujo desbordaba. En sus fantásticos invernaderos crecían las más exóticas y difíciles plantas y vivían los más raros pájaros y aves en general, produciendo cantos bellos y hermosos, que el pueblo de las nueve Civilizaciones Unidas sólo conocían por haberlos oído en reportajes de T.T.V., pues nadie podía decir que los hubiera visto al natural.

—¿Destruirías esas mansiones? —preguntó Heura.

—¿Te refieres en el supuesto de que las familias hegemónicas cayeran de su pedestal y perdieran su poder?

—Sí.

—Pues no.

—¿Qué harías entonces con esas mansiones?

—Serían centros culturales y de recreo para todos.

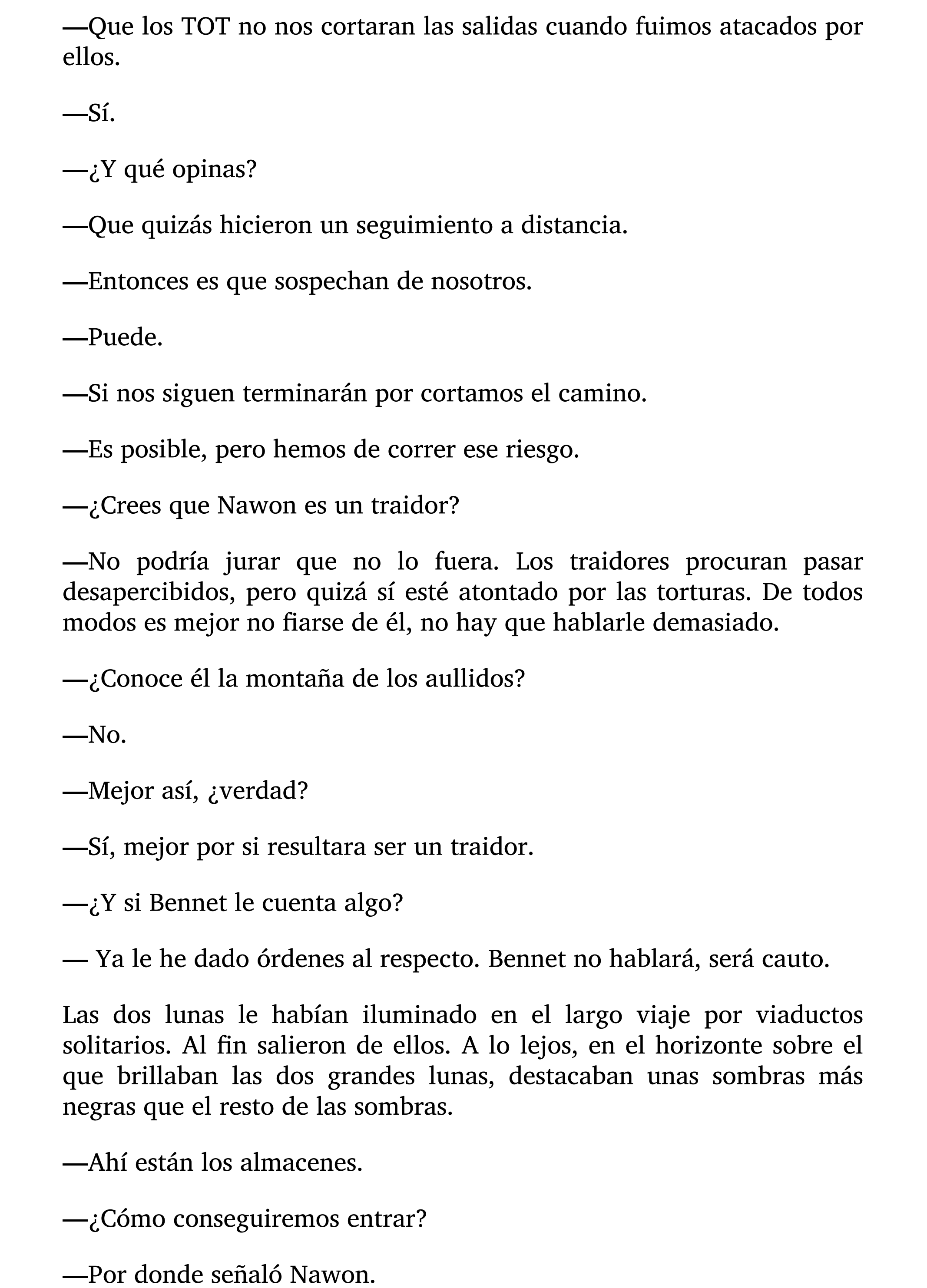
Dejaron la metrópoli atrás.

Pasaron muy lejos del palacio imperial, aunque si se hubieran elevado unas decenas de metros lo habrían podido contemplar. El palacio imperial era un baluarte inexpugnable, siempre vigilado por las fuerzas milicianas del imperio.

El viaje hasta los almacenes de las fuerzas milicianas espaciales del imperio lo efectuaron por viaductos en los cuales no tuvieran que encontrarse con los controles de los TOT.

—¿No te pareció algo extraño? —preguntó Heura, que se había hecho cargo de los mandos del aerodeslizador para que Rebel descansara de su herida.

—¿El qué? —preguntó él.


—Que los TOT no nos cortaran las salidas cuando fuimos atacados por ellos.

—Sí.

—¿Y qué opinas?

—Que quizás hicieron un seguimiento a distancia.

—Entonces es que sospechan de nosotros.

—Puede.

—Si nos siguen terminarán por cortamos el camino.

—Es posible, pero hemos de correr ese riesgo.

—¿Crees que Nawon es un traidor?

—No podría jurar que no lo fuera. Los traidores procuran pasar desapercibidos, pero quizá sí esté atontado por las torturas. De todos modos es mejor no fiarse de él, no hay que hablarle demasiado.

—¿Conoce él la montaña de los aullidos?

—No.

—Mejor así, ¿verdad?

—Sí, mejor por si resultara ser un traidor.

—¿Y si Bennet le cuenta algo?

— Ya le he dado órdenes al respecto. Bennet no hablará, será cauto.

Las dos lunas le habían iluminado en el largo viaje por viaductos solitarios. Al fin salieron de ellos. A lo lejos, en el horizonte sobre el que brillaban las dos grandes lunas, destacaban unas sombras más negras que el resto de las sombras.

—Ahí están los almacenes.

—¿Cómo conseguiremos entrar?

—Por donde señaló Nawon.

—¿Y dónde está Nawon?

—Coincidiremos con él a la hora exacta en el punto acordado, ya lo sabes.

—¿Y los wask protegerán la operación con los semicañones?

—Exacto. Vamos —dijo Rebel saliendo del aerodeslizador, que quedó como enterrado en un desnivel del suelo.

Heura observó que el hombre se balanceaba ligeramente.

—¿Te encuentras muy mal?

—Bah, sólo era un ligero vahído.

—Rebel, no estás en situación idónea para la lucha.

—No temas, no voy a estropear la operación. Cuando no pueda más me tiraré al suelo, no voy a dejar que me capturen vivo. Los TOT tienen aparatos capaces de extraerte la verdad del cerebro y prefiero morir a que ellos conozcan donde está la guarida de nuestra cosmonave «*Liberación*».

Echaron a andar.

El avenc Nawon les había ido indicando muy bien por donde debían avanzar para no hacer saltar las alarmas automáticas. Al fin llegaron frente a un muro de hormigón de un metro de altura. Encima había una doble alambrada de superacero de seis o siete metros de altura, una alambrada que en lo alto se bifurcaba, llenándose de una verdadera telaraña de afiladísimos espinos.

Vieron una de las torres de vigilancia. Era como una columna negra destacando contra el punteado de estrellas.

—¿No nos ven?

—Parece que no —respondió Rebel.

Con un cortador parecía fácil abrirse camino en la alambrada, pero Rebel sabía que no era así. Cortar la alambrada significaba poner en alarma a toda la vigilancia de aquel área, pues se dispararían los automáticos.

—¿Cuánto tardarán Nawon y Bennet?

—Phs, oigo ruidos —le dijo Rebel empuñando su arma.

Dos sombras se les acercaron, aunque pudieron ver bien a una de ellas, era Bennet. Al avenc Nawon, por su piel oscura y sus ropas también oscuras, ni se le veía, sólo sus grandes ojos que taladraban la oscuridad.

—Ya estamos aquí —dijo Nawon.

—¿Y los wask? —preguntó Bennet.

—Ellos estarán en su puesto, con las armas listas —contestó Rebel.

Nawon, que parecía conocer muy bien el lugar, anduvo como husmeando el muro hasta que se detuvo. Se acuclilló y comenzó a apartar la tierra con las manos hasta dejar al descubierto una losa que trató de levantar con sus dedos.

—Ayudadme —pidió.

Se inclinaron todos y levantaron la losa, dejando al descubierto lo que parecía la entrada a la guarida de una alimaña de unos cincuenta o sesenta kilos de peso.

—¿Por aquí? —preguntó Heura.

—Sí —dijo Nawon poniéndose a la cabeza—.. Seguidme. Desde un vehículo blindado y cargado con agentes TOT, escucharon las últimas palabras del avenc. El mayor Parrot estaba en tensión y se ponía constantemente en contacto con el general Blackyon, y éste con el propio emperador Shanninger.

Hubieran deseado que Nawon hablara más para conocer detalles de la operación, pero estaban seguros de que se hallaban próximos al descubrimiento de la guarida de los subversivos del proyecto «Liberación».

—Os desintegraremos a todos —dijo el mayor Parrot con una sonrisa de pretriunfo en sus labios.

Gateando, Nawon, Bennet, Heura y Rebel se internaron por el túnel hasta que éste concluyó.

Nawon levantó otra losa y cayó mucha tierra sobre él.

Parecía que fuera a cegarse aquel túnel hecho tiempo atrás, pero no fue así, salieron al exterior y pudieron ver la alambrada lejos. Habían rebasado otro muro también.

—Hemos entrado —observó Heura, sin saber que sus palabras a través del microemisor insertado en el cerebro de Nawon, llegaban a los oídos del mismísimo mayor Parrot, su enemigo mortal.

—Sí, lo hicimos unos avenc cuando trabajábamos aquí como esclavos —explicó. Nawon.

Estaban ya lejos de las alambradas y de las torres de alta vigilancia, torres perfectamente armadas. Sólo se temía el posible acercamiento de saboteadores, pero no un ataque de fuerzas regulares, ya que no había ningún ejército que pudiera atacarles.

Vieron los enormes hangares con paredes de gran espesor y superprotegidos.

Nawon les condujo a una pequeña edificación de tres por tres metros, cuya puerta metálica estaba cerrada. Se acercó a una ventana, metió los dedos por un resquicio y consiguió abrir parte de la ventana protegida por barrotes.

Gracias a su delgadez, el avenc se filtró por el resquicio abierto y penetró en el pequeño edificio. Heura preguntó:

—¿Tendremos que pasar por ese agujero?

—No sé —respondió Rebel.

A los pocos segundos la puerta metálica se abría y todos entraron en aquella edificación que tenía una pequeña oficina, un cuarto de aseo y una puerta que conducía a una escalera de caracol descendente.

La escalera les condujo a un túnel bien iluminado, sin humedades, blanco y limpio. Avanzaron por él y Bennet preguntó:

—¿Conduce al almacén?

—Sí —respondió el avenc Nawon.

Llegaron a otra escalera, que les dio acceso a una puerta que no estaba cerrada electromagnéticamente y pasaron al gran almacén.

—Los cartuchos —exclamó Heura por lo bajo.

Los pesados cartuchos que contenían la maragdita 893 estaban allí, bien separados entre sí. Por todas partes se veían señales de advertencia de peligro. Unas luces permanentemente encendidas iluminaban el almacén.

Los cartuchos eran cilíndricos y, para pesar aproximadamente treinta toneladas, no se veían muy voluminosos. Ello se debía a la elevadísima densidad de la maragdita 893, ya purificada y enriquecida, lista para proporcionar la energía que debía alimentar las cosmonaves de alta velocidad.

Bennet preguntó:

—¿Cuál es el que nos interesa?

Rebel, estirando su cuerpo, pues el anestésico local que le fuera aplicado por pulverización sobre la herida estaba dejando de surtir efecto, señaló un cilindro más largo que los otros.

—Aquel doble.

—No va ser fácil sacarlo de aquí —opinó el avena, mirando la gran puerta de hierro del almacén que estaba sólidamente cerrada.

—Mira, allá al fondo está la grúa ambulante.

Por suerte, en aquellos momentos, un vehículo de gran potencia que debía utilizarse para trasladar aquellos poderosos y a la vez peligrosos cartuchos de alta energía de los vehículos de carga al almacén.

Subió a la cabina por la escalerilla metálica y se introdujo en ella. Intentó poner en marcha aquel vehículo-grúa, pero en principio no lo consiguió.

Buscó un destornillador en la pequeña caja de herramientas que había junto a la guantera y con él abrió un panel. Tras él estaba lleno de transmisores y diminutos artilugios electrónicos. Comenzó a puntear con el destornillador hasta que estableció una conexión, se produjo un chispazo y el vehículo se puso en marcha.

—Magnífico —se dijo.

Volvió a cerrar el panel y se hizo cargo del manejo del vehículo.

Al principio, el vehículo-grúa se mostraba reacio a obedecer y rozó con uno de los cartuchos.

—Si lo partes aquí no va a quedar nadie vivo.

Ante la observación de Bennet, Rebel comenzó a dominar la grúa avanzando entre los cartuchos de material núcleoenergético, imprescindible para que la cosmonave *Liberación* pudiera escapar a la

tiranía de Shanninger.

Hizo maniobras para colocarse adecuadamente junto al cartucho escogido. Descendió el gancho con los cables de anclaje y Nawon y Bennet se apresuraron a asirlo al cartucho energético.

—¡Arriba, arriba! —gritó Bennet.

La grúa comenzó a elevar su brazo, los cables se fueron tensando.

El mayor Parrot estaba escuchando los ruidos y las voces.

No sabía con exactitud lo que estaba ocurriendo, pero supuso lo peor y pulsó la alarma general.

Los agentes TOT corrieron de un lado a otro, armándose y disponiéndose para una emergencia.

En el telecomunicador de Rebel se encendió una lucecita y sonó un pequeño pitido. Detuvo el cartucho suspendido en el aire y respondió al intercomunicador.

—¿Quién llama?

—Rabel, soy Got.

—¿Qué ocurre. profesor?

—Te estoy oyendo.

—Natural, eso quiere decir que el telecomunicador funciona.

—No es eso. Rebel.

—¿De qué se trata entonces?

—Recibimos claramente una señal de ondas de radio. No voy a entrar en datos técnicos, pero el emisor que emite desde donde tú estás es de tipo convencional. Suele usarse en miniaturas que pueden llevarse fácilmente.

—¿Un chivato?

—Exacto. Cerca de ti no hay un chivato; lo mismo que estoy captando yo lo capta alguien más, por ejemplo...

—¿Los TOT?

—Sí.

—Ese chivato electrónico, ¿desde cuándo lo oyes?

—Hace horas.

—De acuerdo, gracias por el aviso.

—¿Qué ocurre. Rebel? —preguntó Heura.

Rebel asomó la cabeza por la ventanilla y, haciéndose oír por encima del ruido del motor, ordenó:

—¡Que nadie diga nada, absolutamente nada!

Rebel maniobró hasta situar el cartucho en parte bajo el brazo de la propia grúa, colocado de esta forma le permitía desplazarse sin peligro.

—Voy hacia la puerta —les dijo.

El vehículo rodó hacia la puerta y Bennet fue hasta ella.

Movió unas palancas que se hallaban junto a la pared y la gran puerta metálica se separó por la mitad, desplazándose sobre rodamientos y abriéndose a la noche.

No había tiempo para buscar al chivato electrónico que se hallaba escondido en el cráneo de Nawon sin que él mismo tuviera conocimiento de ello.

—¡Sube, Heura!

La joven trepó hasta la cabina.

Bennet y el avenc Nawon se apartaron y la grúa cargada con el cartucho doble de maragdita 893 comenzó a avanzar hacia la puerta de la cerca.

Aparecieron unos robots que detectaron la anomalía y Bennet no dudó en disparar contra los robots al verse descubierto.

Los robots fueron inmediatamente fragmentados, pero se disparó la alarma general y una sirena comenzó a ulular furiosamente. Los grandes faros de las torretas de vigilancia se encendieron y comenzaron a barrer el interior de aquel lugar dedicado a almacenar materia núcleo-energética para la milicia imperial del espacio.

—¿Nos van a destruir?

—No creo que disparen sobre nosotros llevando por delante el cartucho doble de maragdita 893.

Jugándoselo todo abiertamente, Rebel fue adelante con la grúa y cargado con el cartucho de energía sólida.

Nawon y Bennet, que para escapar corrían hacia el interior del almacén, dispararon contra otros robots que aparecían. Eran robots de vigilancia que iban perfectamente armados.

Heura los siguió con la mirada y los perdió de vista cuando dos faros iluminaron de lleno al vehículo grúa, cegándoles, mientras una voz que salía por el sistema de megafonía exigía:

—¡Deténganse o serán destruidos!

CAPÍTULO X

—¿Qué hacemos? —preguntó Heura.

—Seguir adelante.

—No podremos salir, la puerta está cerrada.

La grúa iba montada sobre un aerodeslizador gigante. El cartucho iba bien encajado, pero si arremetían contra la puerta metálica corrían el riesgo de reventar el cartucho. Por ello, utilizaron el telecomunicador, Rebel pidió:

—¡Derribad la puerta!

Apenas transcurridos unos segundos, la puerta metálica recibió los disparos de los semicañones que empuñaban los wask que se habían quedado en el exterior en los puntos que Rebel les marcara previamente en el plano.

La gran puerta se puso incandescente. Luego se fundió y desapareció, quedando sobre la tierra el metal fundido que la había compuesto.

—Todo va bien —dijo Rebel.

Los wask volvieron a disparar sus semicañones sobre las torretas que se hallaban a derecha e izquierda de la puerta y éstas se partieron, estallando en miríadas de chispas que llenaron la noche como de fuegos de artificio.

Rebel prosiguió su avance con el vehículo-grúa y abandonaron el recinto, alejándose de él mientras las sirenas ululaban furiosamente y se cruzaban disparos en todas direcciones.

El fuego de los wask se mantuvo mientras la grúa cargada huía hacia la noche.

Bennet y Nawon consiguieron llegar al exterior, pero unos focos los descubrieron y hubo un intercambio de disparos que los extermino, cortándoles la huida para siempre.

Los wask, unos luchadores natos que habían permanecido oprimidos bajo la bota de los TOT, lucharon con fiereza sin moverse de su sitio. Ellos impidieron que ningún vehículo saliera en persecución de los fugitivos, disparando sus semicañones portátiles y autónomos. Uno de ellos disparó hacia el interior del hangar.

De súbito la noche se iluminó con una luz mil veces superior a la del sol que daba vida a aquel planeta. Rebel y Heura pudieron ver el horizonte.

Los cartuchos de maragdita 893 acababan de ser alcanzados, estallando y liberando toda su energía, que arrasó no sólo los almacenes sino cuanto había en derredor en varios kilómetros a la redonda.

En los controles de la grúa autónoma que pilotaba Rebel subió la temperatura rápidamente hasta colocarse en zona roja.

Rebel puso al máximo la ventilación al tiempo que aceleraba para huir del área invadida por la ola térmica.

Tras los fugitivos todo había quedado arrasado. Heura preguntó:

—¿Y nuestros compañeros?

—No lo sé, pero me temo que han caído por esta lucha de liberación. Al formar parte de este comando todos sabíamos a lo que nos exponíamos.

Heura guardó silencio.

El recinto de los almacenes quedó arrasado, como sus entornos. Todo quedó calcinado en kilómetros a la redonda, nada podrían hallar por más que buscaran. Ni siquiera quedó vestigio de que allí hubiera existido algo, pues las piedras se convirtieron en polvo deshidratado, y los metales se fundieron.

La temperatura fue bajando en los sensores.

Rebel dedujo que los satélites artificiales de seguimiento habrían detectado claramente lo ocurrido en los almacenes. El estallido de los cartuchos de energía sólida había producido un cambio térmico muy considerable y las autoridades correspondientes estarían recibiendo información al respecto. Posiblemente no se fijarían en la grúa que escapaba a la máxima velocidad que podía, pues iba cargada con las treinta toneladas del cartucho.

—¿No nos localizarán? —preguntó Heura.

—Esperemos que no, arriesgamos mucho.

Cuando iba a amanecer Rebel estacionó la grúa cargada entre unas rocas oscuras. Miró a Heura y le dijo:

—Vamos a pasar el día aquí hasta que llegue la noche para proseguir el viaje.

La joven miró en derredor; allí no había ni rastro de vegetación.

—Tengo sed.

—Yo también, pero por aquí no hay agua y tampoco alimentos. Habrá que aguantar.

Heura forzó una sonrisa en su rostro fatigado.

—Aguantaremos.

—Eres magnífica.

—Yo no, lo han sido los que han perdido la vida por conseguir este cartucho de energía.

Rebel abrió el intercomunicador fabricado por el profesor Got y llamó por él a sus compañeros.

—Aquí Rebel. ¿Me oís, me oís?

—¡Rebel, Rebel, soy Got.

—Hola, profesor.

—¿Cómo ha ido?

—Tenemos el bombón, llegaremos de madrugada. No estaría mal que tuviéramos algunos apoyos por si somos descubiertos.

—¿Y los demás?

—Desaparecidos.

—Desintegrados —contestó Heura.

—Mala suerte.

—Estad preparados. Es posible que seamos seguidos por algún satélite artificial espía de los que tanto abundan en el cielo de nuestro planeta.

—El chivato que localicé ya no funciona.

Había que esperar a la noche para proseguir el viaje, si es que no eran descubiertos antes. Era indudable que las fuerzas imperiales estarían furiosas por lo que considerarían el sabotaje de los almacenes de la maragdita 893, de los que nada había quedado tras la feroz lucha nocturna en que las tinieblas se habían disipado para dar paso a una luz cegadora.

El mineral enriquecido; de alta energía, se había consumido en pocos segundos, fundiéndolo todo en su entorno y deshidratando aquella tierra por los siglos de existencia.

El mayor Parrot se había reunido con el general Blackyon y éste, en persona, tomó el mando de la operación. Tenía línea de comunicación abierta con el mismísimo emperador Shanninger, que ansiaba presenciar la exterminación de los que ellos llamaban los subversivos.

—¿Crees que podremos llegar? —preguntó a Rebel.

—Espero que sí, hay que ser optimistas. Todos los sistemas de vigilancia imperiales estarán en alarma general, pero de aquí a la montaña de los aullidos pasaremos por lugares no controlados. No obstante, estamos expuestos a ser descubiertos por los satélites artificiales de vigilancia.

—Y si nos descubren, ¿qué harán?

—No lo sé, quizá rodeamos, seguimos para descubrir nuestro destino o cañonearnos desde el espacio para acabar con nosotros.

—Como tú dices no sé si llegaremos o no a nuestro destino, pero yo te amo. Quiero que lo sepas antes de que me exterminen.

—Yo también te amo.

La atrajo hacia sí y la besó en la boca. Carecían de agua y alimentos y la muerte les acechaba. Era como si ya no les quedara tiempo para vivir y al mismo tiempo, tenían la eternidad para ellos solos.

CAPÍTULO XI

La grúa avanzaba en la noche cargada con el doble cartucho repleto de maragdita 893.

Rebel escogió el camino de los lagos de agua oceánica donde habitaban los cangrejos gigantes. Prefirió no encender la poderosa luz para iluminarse en el avance. La grúa poseía un sensor de obstáculos y los sorteaba automáticamente, ya que no podía elevarse del suelo más de tres palmos debido a la fuerte carga que transportaba.

Las dos lunas iluminaban el paisaje, haciéndoselo un tanto fantasmagórico.

—Los cangrejos —advirtió Heura asustada, viendo las pinzas de uno de los crustáceos cerrándose en torno a uno de los costados de la grúa.

Cortó la plancha como si fuera materia plástica.

—¡Dispárales!

La orden de Rebel fue tajante.

La joven, empuñando la pistola, se asomó arriesgadamente por la ventanilla y disparó contra el cangrejo, fragmentando su durísimo caparazón cálcico.

Nerviosa, siguió disparando contra otros cangrejos que les acosaban, creyéndoles otra clase de crustáceos invasores.

—¡Aprisa, aprisa, son muchos! —apremió Heura—. ¡Son muchos!

Una de las cortantes y traidoras pinzas logró introducirse por la ventanilla de Rebel, rompiendo el cristal protector. Heura gritó.

Rebel tuvo el tiempo justo de apartar la cabeza antes de que la pinza le decapitara. Esta se cerró en el aire con tétrico chasquido.

Heura disparó contra la pinza, partiéndola.

Al fin consiguieron alejarse de los malditos cangrejos.

—Uf, no se puede pasar lentamente por este lugar —bufó Rebel cuando ya había dejado atrás aquella colonia de belicosos crustáceos.

El viento soplaba siempre contra la montaña de los aullidos, que dejaba escapar su extraña y escalofriante música.

—¡Profesor, estamos llegando!

—Listos para recibirte —respondió la voz del profesor Got, a través del intercomunicador.

Heura opinó:

—Están atentos a nuestra llegada.

—Lo estamos consiguiendo —dijo Rebel radiante, olvidando los dolores de su espalda herida.

Se introdujeron por la gruta, casi no cabían por ella. Rebel encendió el gran faro y llegaron frente a la puerta de piedra, que se abrió a su paso. Hubo una gran expectación entre todos los allí reunidos, que miraron el cartucho, la energía que les permitiría partir hacia la liberación, hacia otro mundo donde crear una sociedad libre en la que el prójimo amara a su prójimo.

—¡Viva la liberación! —gritó el profesor Got.

—¡Viva! —carearon todos los allí reunidos. Heura besó a Rebel; había una gran alegría en todos.

Rebel saltó fuera de la cabina de la grúa y el profesor Got le abrazó, emocionado.

—Sabía que lo conseguirías.

—Sí, pero hemos perdido a cuatro seres en la lucha.

—Desde el principio sabíamos que algunos de nosotros caeríamos, mi hermano sucumbió también.

—Es cierto. ¿Y Zap-Zap?

—También ha tenido éxito. Ya tenemos los alimentos dentro de la cosmonave y Zap-Zap, además, se ha traído una cosmonave de combate.

—¿Cómo?

—Sí, él Y sus hombres consiguieron sorprender a la dotación de una cosmonave de combate y se hicieron con ella, también tenemos armamento.

—¿Y dónde está ahora?

—Bajo el agua, esperando nuestra salida. Nos protegerá.

—¡Profesor Got, profesor Got! —exclamó una joven hermosa, corriendo excitada junto a él.

—¿Qué sucede?

—¡Un mensaje de Zap-Zap!

—¿Qué dice?

—¡Vienen hacia aquí cosmonaves de combate en formación, estamos perdidos!

—Nos han localizado, era de prever.

—Aquí no tenemos escapatoria —opinó Heura—. Desintegrarán la montaña.

—Todavía podemos salir de aquí —gruñó Rebel—. Hay que cargar rápidamente el cartucho y conectarlo a los motores.

—¡Sí, que lo carguen rápido! —exigió el profesor Got. Todos corrieron hacia la cosmonave. Era el momento de partir, no sabían si hacia la muerte o hacia la liberación.

Se trabajó febrilmente y el cartucho, cargado y conectado, quedó listo para entrar en acción. En la sala de control y mando estaban el profesor Got, Rebel, Heura y cinco entes más.

—¿Cómo saldremos del interior de la montaña, si la cosmonave es tan grande? —preguntó Heura.

El profesor Got, acercando el dedo a un botón que quedaba a su alcance, sentenció:

—Todo está previsto.

Comenzó a producirse una explosión, que semejó resquebrajar los cimientos de la montaña.

Aquella noche la montaña de los aullidos gimió quejumbrosa, como jamás lo había hecho antes, mientras se desmoronaba una de sus laderas a causa de los explosivos, que fueran colocados estratégicamente y que estallaban escalonadamente.

Un gran boquete quedó al descubierto.

La cosmonave comenzó a salir lentamente del interior de la montaña de los aullidos. No había sido probada aún, estaba hecha de piezas hurtadas aquí y allá, pero llevaba el sello, el genio de unos seres excepcionales que habían trabajado por la libertad.

Se hizo un gran silencio y la cosmonave se alzó en el aire con seguridad, avanzando hacia el océano antes de comenzar a elevarse hacia la estratosfera para saltar luego al espacio.

Pero en la noche surgieron las luminosas cosmonaves de combate de la milicia espacial del imperio. Entraron en la atmósfera donde, lógicamente, se convertirían en mucho más lentas, pero también llegaban aeronaves de combate con las insignias de la policía TOT dispuestas a abortar la partida de los seres que habían escogido la libertad.

—¡A las armas! —pidió el profesor Got—. Habrá lucha. La cosmonave de combate de Zap-Zap y sus wask surgió de las aguas oceánicas despidiendo grandes columnas de vapor en su entorno.

Rebel vio en pantalla la figura del emperador Shenninger, parecía sonreír. A su lado estaban el general Blackyon y el general Amonit.

—¡Estáis rodeados! —bramó el emperador—. ¡Entregaos sin lucha y el

caso de cada uno de vosotros será visto con especial interés!

Rebel replicó sin vacilar:

—No nos rendimos, escogemos la libertad. Si no os apartáis de nuestro camino lucharemos a muerte.

—¡No tenéis escapatoria! —Advirtió el emperador—. Si proseguís en vuestra intentona seréis todos desintegrados. Soy vuestro emperador y tenéis que obedecerme.

—El pueblo no te ha elegido —le contestó el profesor Got.

—No te aceptamos como nuestro emperador. Rechazamos a los emperadores, queremos libertad para todos, no aceptamos tu tiranía ni la de las familias hegemónicas. Nos vamos a otro mundo a crear una civilización nueva, dejadnos partir.

—¡Jamás!

—Entonces nos abriremos paso como sea —aseguró Rebel.

La batalla era inevitable.

Tal como había previsto el profesor Got, la coraza supramagnética funcionó y los primeros cañonazos de intermitent-láser que les lanzaron las cosmonaves de combate imperiales se estrellaron contra aquella coraza invisible.

Zap-Zap, con sus wask, entró en acción en una furiosa lucha y demostró ser muy hábil en el manejo de su cosmonave.

Varias cosmonaves de combate estallaron dentro de la atmósfera del planeta mientras los cañonazos llovían de todas partes. La cosmonave *Liberación* se elevaba más y más cuando Rebel descubrió una cosmonave insignia de las fuerzas opresoras.

—¡Allí está!

—¿Podrás? —preguntó tenso el profesor Got.

Rebel maniobró con el teclado de mandos donde aparecieron mil guarismos de colores.

La cosmonave *Liberación* abrió fuego con el cañón con que había sido dotada, un cañón de fabricación propia que demostró un gran poder y alta efectividad.

La cosmonave insignia del mariscal Shanninger estalló en el espacio, desintegrándose en medio de una intensa luz blanca. A través del telecomunicador general, Zap-Zap exclamó:

—¡Voy a por el palacio imperial!

Comprendieron que nada ni nadie iba a detenerle. Destruida la cosmonave insignia, comenzaba a producirse la confusión entre las fuerzas imperiales.

La cosmonave *Liberación* se fue elevando hasta saltar al espacio libre donde continuó siendo atacada. Un grupo de cosmonaves de combate salió en persecución de la cosmonave que tripulaba Zap-Zap con sus wask. Este, que debía tener muy preparado aquel ataque, consiguió llegar hasta las inmediaciones del palacio imperial, y disparó contra él, destruyéndolo en medio de cegadoras llamaradas, pero Zap-Zap, a su vez, fue atacado y destruido.

La cosmonave Liberación consiguió saltar al hiperespacio. La velocidad alcanzada fue tan grande que en los scanners desaparecieron las cosmonaves del imperio, un imperio que acababa de derrumbarse.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Heura. El profesor Got respondió:

—Los generales de las fuerzas espaciales del imperio, el general Blackyon y el mismísimo emperador Shanninger han sido aniquilados. Ahora el pueblo puede comenzar a luchar por su libertad. Vivirán tiempos de confusión y posiblemente las grandes familias hegemónicas tratarán de escapar a la justicia de las nueve civilizaciones y se formará un nuevo gobierno, pero ya no es cosa nuestra.

Rebel dijo entonces:

—Nosotros seguimos en nuestro proyecto. Vamos a por un planeta virgen, donde crear una nueva civilización que se desarrolle y evolucione en paz y sin destruir la naturaleza.

—Y ese planeta, ¿cómo se llama? —preguntó Heura.

—No tiene nombre aún, pero le llamaremos Libertad —dijo el profesor Got.

Heura se abrazó a Rebel.

El futuro de libertad estaba frente a ellos. Había costado caro

alumbrarlo, pero ya nadie iba a impedir que se convirtiera en espléndida realidad.

FIN